biblioteca de patrística

gregorio nacianceno

HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD

editorial ciudad nueva

Homilías sobre la Natividad de Gregorio Nacianceno

El nombre de Gregorio de Nacianzo (330-390) suele asociarse al del otro Gregorio, el Niseno, y a Basilio Magno, formando así la tríada de los que se ha dado en llamar «las lumbreras de Capadocia».

Menos especulativo que su homónimo, y poco dispuesto a la acción, a diferencia de su amigo Basilio, Gregorio Nacianceno destacó, sin embargo, sobre ambos y en toda la antigüedad cristiana, por su elocuencia, mereciéndose el título de «Demóstenes cristiano». Fue asimismo literato muy refinado, y trató de compaginar la cultura literaria con la vida ascética y solitaria a la que se sentía llamado y a la que retornaba en cuanto podía.

Escritor sumamente dotado, no compuso auténticos tratados dogmáticos o comentarios bíblicos, si bien ambos géneros figuran en su amplia producción, que abarca Homilías, Poemas y muchas Cartas.

De sus 45 Homilías, todas ellas de valor inestimable, se recogen en esta obra las tres que conciernen al ciclo de la Natividad, es decir: la n.° 38 sobre la Navidad, la n.° 39 sobre la Epifanía y la n.° 40 sobre el Bautismo del Señor. Las tres fueron pronunciadas entre el 379 y el 381. Se trata de unas Homilías de gran profundidad teológica y pastoral, que dejan entrever esa fe y doctrina «con las cuales —según Rufino— no puede dejar de concordar todo aquel que quiera definirse ortodoxo», y que han merecido con toda justicia a su Autor el título de «Teólogo» y la autoridad manifiesta e indiscutible de la que siempre ha gozado, aun mucho más allá de las fronteras de la Iglesia griega.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección, preparada por la Editorial Ciudad Nueva con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, está siendo realizada por profesores competentes y especializados en cada una de las obras, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.

Gregorio Nacianceno

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA
DE
PROFESORES
MADRID

HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD

Introducción y notas de Claudio Moreschini
Traducción del griego de Isabel Garzón Bosque

Editorial Ciudad Nueva

Gregorio Nacianceno

HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD
(Homilías 38-40)

HOMILÍA 38

1. Cristo ha nacido: ¡Glorificadlo! Cristo ha descendido del cielo: ¡Salid a su encuentro! Cristo está en la tierra: ¡Exaltadlo! «Cantad al Señor toda la tierra»[1], porque para traer a unidad estas dos cosas, «alégrese el cielo, goce la tierra»[2], quien era celeste se hizo terreno. Cristo se ha encarnado: ¡Regocijaos con temor y alegría! Con temor por vuestra culpa, con alegría por la esperanza vuestra. Cristo ha nacido de la Virgen: mujeres, sed vírgenes para que lleguéis a ser madres de Cristo. ¿Quién no se prosterna ante quien es desde el principio? ¿Quién no glorifica al que es el final?

2. De nuevo la tiniebla se disuelve, de nuevo se anuncia la luz, de nuevo es Egipto castigado con la oscuridad[3], de nuevo Israel alumbrado con columna de fuego[4]. El pueblo que permanece en la oscuridad de la ignorancia[5] vea la gran luz del conocimiento. «Han pasado las cosas antiguas, todo cuanto existe ha sido recreado»[6]. La letra cede, el espíritu es superior, las sombras declinan, amanece la verdad. Se adivina a Melquisedec[7]: el que no tiene madre aparece sin padre. Primero

1. Sal 95, 1.
2. Sal 95, 11.
3. Cf. Ex 10, 21.
4. Cf. Ex 13, 21.
5. Cf. Is 9, 2.
6. 2 Co 5, 17.
7. Según una simbología bastante difundida en el cristianismo antiguo, habiendo sido definido Melquisedec, rey de Salem, «sacerdote del

sin madre, luego sin padre. Las leyes de la naturaleza tocan a su fin. Debe cumplirse el mundo superior. Cristo lo ordena, no nos opongamos. «Pueblos todos, batid palmas»[8], porque «nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado, lleva el poder sobre sus hombros» —en efecto, fue alzado juntamente con su cruz— es llamado «ángel del gran consejo»[9] —esto es, del consejo del Padre—. Grite Juan: «preparad el camino del Señor»[10]. Yo pregonaré el significado de este día: se encarnó quien era incorpóreo, el Logos toma cuerpo, el invisible es visto, se hace tangible el intangible, comienza quien está fuera del tiempo. El Hijo de Dios se convierte en Hijo del Hombre. «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos»[11]. Que se escandalicen los judíos, búrlense los griegos, hablen sin mesura los herejes. Creerán cuando vean que desciende del cielo, y si ni siquiera creen entonces, creerán cuando lo contemplen descendiendo del cielo sentado como juez.

3. Pero tales acontecimientos sucederán más tarde. Ahora es la fiesta de la Teofanía o Natividad, que ambas denominaciones indistintamente se utilizan para designar un mismo acontecimiento[12]. Dios se mostró a los hombres por medio de su Natividad. Por una parte es y es siempre y proviene del que es siempre, por encima de

Altísimo» (cf. Gn 14, 18; Sal 110, 4), fue considerado como una prefiguración de Cristo. En efecto, es a Cristo a quien se refieren las condiciones de ser, sin padre ni madre, que aquí se leen. La definición de «sin padre ni madre» está tomada de Hb 7, 3.

8. Sal 46, 1.

9. Is 9, 5.

10. Mt 3, 3.

11. Hb 13, 8.

12. En tiempos antiguos, anteriores desde luego a San Gregorio Nacianceno, la fiesta de la Natividad era celebrada junto a la de la Epifanía, el 6 de enero.

causa y razón —no había, en efecto, razón alguna superior al Logos[13]—. Por otra, nace por nosotros para que quien nos dio el ser nos conceda también el ser rectos o mejor, para que quienes por el mal nos hemos apartado de la vida recta, seamos por Él a Sí mismo conducidos mediante su encarnación. Por consiguiente, por un lado recibe el nombre de Teofanía porque se muestra y, por otro, el de Natividad, porque nace.

4. Esto es nuestra fiesta, esto celebramos hoy: la venida de Dios a los hombres para que nosotros nos acerquemos a Dios o, más propiamente, para que volvamos a Él, para que despojados del hombre viejo nos revistamos del nuevo[14] y muertos en Adán, vivamos en Cristo[15]. Con Cristo, también nosotros nacemos, somos también crucificados, con Él somos sepultados y resucitamos con Él. Es menester que yo siga el camino inverso, lleno de hermosura: porque como de las dotes más altas proviene el dolor, del dolor dimanarán las dotes más altas. «Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia»[16] y si gustar el árbol[17] fue nuestra condenación, ¿cuánto más no habrá de justificarnos la pasión de Cristo? Celebramos, en suma, la fiesta. No una fiesta pública, sino divina, no mundana, sino por encima del mundo. No las cosas de nuestra enfermedad, sino las de nuestra curación, no las de nuestra creación, sino las de nuestra restauración.

13. En el texto griego hay un juego de palabras de difícil traducción: *logos* significa también «explicación», «causa racional» y *Logos*, «Razón». San Gregorio emplea aquí las dos acepciones del término.
14. Cf. Ef 4, 22-24.
15. Cf. 1 Co 15, 22.
16. Rm 5, 20.
17. Cf. Gn 3, 6.

5. ¿Cómo es esto? No enguirnaldaremos los zaguanes, ni organizaremos danzas, ni adornaremos las calles, ni ofreceremos placer a los ojos, ni nos deleitaremos con cantos, ni afeminaremos nuestro olfato, ni prostituiremos nuestro gusto, ni agradaremos al tacto: todas estas cosas son caminos fáciles para el alma y veredas que conducen al pecado. No nos daremos a la molicie con vestidos delicados y sedosos, tanto más caros cuanto más inútiles, ni con el brillo de las piedras preciosas o el oro, ni con artificios y colores que falsean la belleza natural y han sido diseñados contra la imagen de Dios. No con orgías y borracheras[18] a las que, a ciencia cierta, se añaden el libertinaje y la insolencia, pues de sórdidos maestros proceden enseñanzas sórdidas o, dicho de otra forma, malas semillas dan frutos perversos. No construyamos altos lechos que den cobijo en nuestro vientre a la molicie. No estimemos con exceso los aromas del vino, los encantos del arte culinario y los ungüentos costosos. Que la tierra y el mar no nos brinden estiércol caro —por tal tengo yo el lujo—[19]. No rivalicemos unos contra otros por ver quien aventaja a los demás en destemplanza, entendiendo que yo juzgo intemperancia cuanto sea inútil y falto de provecho. Y todo ello mientras otros, formados del mismo barro nuestro[20] y con nuestra misma composición, pasan hambre y fatiga a causa de su pobreza.

6. Nosotros, sin embargo, dejamos todas estas cosas a los griegos, al lujo y las fiestas helenas. Ellos dan el

18. Cf. Rm 13, 13.

19. La violenta condena del lujo es típica de las Homilías de San Gregorio, que había pasado cerca de cinco años en la soledad del desierto junto a Seleucia, antes de ser llamado a Constantinopla. También después de retirarse a su patria, tras la conclusión, tan triste para él, del Concilio constantinopolitano del 381, pasó los últimos años de su vida entregado a la vida solidaria y a la mortificación.

20. Cf. Gn 2, 7.

nombre de Dios a seres que se regocijan con el olor de los sacrificios[21] y por tanto, en buena lógica, adoran lo divino con el vientre. ¡Desatinados escultores, sacerdotes y adoradores de horribles divinidades![22]. Nosotros por el contrario, como adoramos al Logos, cuando debemos gozar lo hacemos con la palabra y con la ley divina[23] y, muy particularmente, con las explicaciones correspondientes a la fiesta de hoy, de suerte que en manera alguna queden nuestras delicias lejos de Aquel por quien fuimos llamados.

O, puesto que soy yo quien invita hoy, ¿preferís acaso, nobles invitados, que pronuncie sobre este asunto un discurso tan prolijo y solemne como fuere posible, a fin de que lleguéis a conocer cómo puede el extraño hospedar a los nativos, el campesino a los ciudadanos, quien es frugal a los espléndidos y el pobre que carece de hogar a quienes nadan en la abundancia?[24].

21. Conforme a una concepción bastante difundida, sobre todo en la apologética cristiana, los ídolos a los cuales la religión pagana ofrecía sus víctimas no eran sólo imágenes vanas, sino que contenían en su interior al demonio, que se alimentaba de carne y de humo del animal sacrificado. Por lo demás, la misma poesía homérica solía representar a los dioses paganos como seres humanos que se alegraban del olor y de la carne de las hecatombes.

22. Las divinidades de las religiones paganas y del culto oficial del Estado no eran para los cristianos otra cosa que demonios que pretendían la adoración de los hombres para desviarlos del culto verdadero de Dios y para perderlos con la idolatría.

23. Obsérvese, aquí y en la siguiente Homilía (cf. 39, 2), el juego de palabras entre *Logos* divino, al que adora San Gregorio, y *logos* humano, o sea, palabra, discurso, razonamiento. Ambos conceptos están unidos entre sí según San Gregorio, para quien el verdadero adorador del *Logos* divino posee también plenamente el arte del discurso, la retórica.

24. Sobre el discutido significado de estas afirmaciones, en relación con la cronología de estas Homilías, se ha hablado en la Introducción.

Comenzaré al punto. Purificadme entre tanto vosotros la mente, el oído, el pensamiento. Vosotros, cuantos gozáis con tales cosas. Pues cuando de Dios se habla, divino es también el discurso[25]. Así, os marcharéis de aquí regocijados con cosas que no son vanidades. Será mi discurso, a la par completo y brevísimo, para que no resulte molesto por breve ni se os haga pesado por demasiado extenso.

7. Dios siempre ha sido, siempre es y siempre será o más exactamente, siempre es. Porque «fue» y «será» significan fragmentos de tiempo, propios sólo de nuestra naturaleza fluyente, en tanto que Dios siempre es[26] y, precisamente, Él mismo se otorga este nombre cuando contesta a Moisés en el monte[27]. Pues todo cuanto existe lo abarca Él, que no tuvo principio ni tendrá final, como un mar ilimitado e infinito que excede todo pensamiento sobre el tiempo y la naturaleza, por grande que sea. En nuestro entendimiento nos representamos a Dios, bastante oscura y limitadamente, no concibiendo los atributos que le son propios, sino valiéndonos de los seres que hacen referencia a Él. Mas si la imagen de algo se alcanza a partir de otra cosa, se llega solamente a una figura de la verdad[28] que escapa antes de poder retenerla, huye antes de que la comprendamos. Tal figura de Dios

25. Otro concepto fundamental en el Nacianceno: no es lícito hablar de Dios, ni posible comprenderlo, si no se está purificado de los pecados y de todas las escorias terrenas.

26. Sobre el significado filosófico de este largo fragmento y sobre el contenido típico de la filosofía platónica, cf. lo que se ha dicho en la Introducción.

27. Cf. Ex 3, 14.

28. Es éste un concepto teológico propio de San Gregorio y de los otros padres Capadocios: Dios no puede ser conocido en su naturaleza, sino sólo en algunos de sus atributos, a través de aquello que Él mismo deja conocer de Sí.

ilumina lo mejor de nosotros mismos —con tal de que lo hayamos purificado—, al modo como un fugaz relámpago da luz a los ojos. Sucede esto, según mi parecer, para que, por una parte, por aquello por lo cual Él puede ser comprendido por nosotros, nos atraiga a Sí, pues nadie espera ni pretende conseguir lo que no le es dado conocer en modo alguno. Por otra, por cuanto nos es inasequible, se constituye en objeto de nuestra admiración, para que siendo admirado, sea deseado; deseándolo, nos purifique y purificados, nos haga divinos a fin de tener relación con quienes han sido hechos semejantes a Él. Mi discurso aventura algo inusitado: que Dios se une y se da a conocer a dioses[29] y, quizás se une en la misma proporción en que conoce a los que ya son por Él conocidos. Dios es inabarcable y difícil su contemplación. Únicamente podemos percibir su infinitud. Mas como tal vez crea alguno que Dios, por tener una naturaleza simple, es o absolutamente inasequible o comprensible por entero, nos detendremos a analizar qué es Éste que tiene una naturaleza simple. Porque, a todas luces, su simplicidad no es su naturaleza al igual que tampoco en las cosas compuestas la naturaleza se reduce a la composición.

8. Bajo dos aspectos puede considerarse la infinitud: según se atienda al principio o al fin —pues por encima de ambas cosas y no entre ellas está lo infinito—. Por una parte, cuando la mente, colocada en el fondo de un abismo, mira hacia arriba y no encuentra asidero ni le sirven como referencia las imágenes que concibe sobre Dios, designa como infinito o inexpugnable a lo que no

29. Cf. Sal 82, 6. San Gregorio elabora en sentido espiritual un pasaje escriturístico que, ciertamente, no tenía ese significado. Según el Nacianceno, el hombre purificado retoma la condición de haber sido hecho a imagen de Dios. En esta doctrina, nuestro autor aparece bastante próximo a su gran amigo, Gregorio de Nisa.

tiene principio. Por otra, cuando atendemos a lo que está debajo de nosotros y nos sucede, hablamos de lo inmortal e imperecedero. Mas cuando se dan ambas condiciones, hay que hablar de eternidad. Pues la eternidad no es tiempo ni una parte de tiempo, ya que no es mensurable, sino lo que para nosotros es tiempo medido por el movimiento del sol, eso es la eternidad para los seres eternos. La eternidad es como un movimiento y un intervalo de tiempo que se prolonga tanto cuanto lo subsistente. Por ahora, es esto todo lo que quiero exponer acerca de la naturaleza divina. No es éste el momento para hablar de ella, pues lo que nos hemos propuesto no es tratar de la naturaleza divina, sino de su economía. Cuando hablo de Dios, hablo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La divinidad no puede predicarse de más realidades, pues de lo contrario admitiríamos la pluralidad de dioses. Pero tampoco hablamos como si una de estas tres Personas fuera inferior a las otras. En uno u otro caso, actuaríamos o como judíos, que creen en una sola Persona divina, o como griegos, que creen en multitud de divinidades. Aunque estas dos opiniones sean entre sí contrarias, en ambas encontramos por igual el error[30]. Pues el Santo de los santos, que se cubre con las alas de los serafines, es glorificado por su triple santidad[31], reunida en una sola potestad y naturaleza divina. Otro antes que yo interpretó esto también así, de manera perfecta y magnífica[32].

30. Es frecuente en las Homilías del Nacianceno la presentación de la doctrina ortodoxa, o sea, la de Nicea, como el justo medio entre dos extremos; su mentalidad y su educación equilibrada se manifiestan también en el discurso trinitario.

31. Cf. Is 6, 2.

32. La alusión es incierta. Según una glosa que se encuentra en el manuscrito *Coislinianus 51*, del siglo XI, Gregorio se refería aquí a San Atanasio. Es ello posible, dada la gran autoridad de que aquél gozaba entre los autores ortodoxos. Sin embargo, dado que esta interpretación del *Trisagio* como prefiguración de la Trinidad se encuentra también

9. Mas como no le bastaba a la bondad divina con moverse solamente en la contemplación de Sí misma, sino que era necesario que su bien se difundiese y divulgase para que fueran muchos los que recibieran su beneficio —en esto consiste el culmen de la bondad—, piensa primero en potencias angélicas y celestes. Este pensamiento debía ser cumplido por el Verbo y consumado por el Espíritu. Así fueron creados segundos esplendores, ministros del primero, ya fueran espíritus inteligentes, ya un fuego inmaterial e incorpóreo, ya otra naturaleza que, en cualquier caso, conviene concebir como cercana a éstas que acabamos de enunciar. Quiero decir que son inmóviles para el mal y sólo tienen movimiento para el bien, pues permanecen junto a Dios y brillan por su primer resplandor, mientras que el resto, que viene después, brilla por un segundo resplandor. El caso de Lucifer, no obstante, me mueve a sospechar y a decir que no son inmóviles para el mal[33], sino de difícil movimiento, pues

en San Basilio (cf. *Contra Eunomio*, III, 2) y considerando la autoridad de que también San Basilio gozaba ante San Gregorio, unida a la relación de amistad y devoción sincera que éste último abrigaba con respecto a aquél, yo estaría más inclinado a pensar que la alabanza que aquí se encuentra está dirigida a San Basilio y no a San Atanasio.

33. El problema al cual hace aquí referencia San Gregorio, es bastante delicado: ¿cómo es posible que hayan pecado los ángeles? La cuestión implicaba, de hecho, toda la doctrina de Orígenes sobre la preexistencia de las almas, las cuales, en cuanto inteligentes *(noes)* eran consideradas por el alejandrino, no distintas, sustancialmente, de los ángeles. La explicación que aquí aparece presentada es desarrollada con buen sentido, pero sin rigor filosófico: el ángel no es inmóvil para el mal, sino sólo difícilmente movible hacia él (se evita, por tanto la dificultad en que había caído Orígenes, pero, sustancialmente, se hace del ángel una criatura análoga al hombre). La misma problemática se repite en *Hom., 28, 31; 31, 15; 40, 7; 41, 11; Poema*, I, 1, 7, 53ss. y presenta siempre esta fundamental aporía. El problema era irresoluble, según ha notado Daniélou, puesto que estaba determinado por aquella concepción del pecado, según la cual, el pecado está ligado a

Lucifer[34] se convirtió en tenebroso por su soberbia y por ello recibió ese nombre y otro tanto las potencias rebeldes que están bajo su poder y son origen del mal, pues huyendo del bien nos atrajeron al mal a nosotros.

10. Por todos estos motivos, Dios construyó el mundo inteligible[35], al menos a lo que yo puedo juzgar sobre él, meditando con pequeño discurso cosas grandes. Después de que el principio fue bellamente dispuesto por Dios, concibió el segundo mundo, material y visible. Está compuesto por la combinación y reunión de cielo y tierra y de las cosas que se hallan en medio de ambos. Es digno de loa por el buen ingenio de cada una de sus partes, pero más digno de alabanza es por la armonía y acuerdo de todas ellas, ya que cada una guarda proporción con otra y todas con el conjunto para la formación de un único mundo. Dios muestra así que es capaz no sólo de crear una naturaleza semejante a Él, sino también una que le es completamente extraña[36]. Pues son propias de la divinidad las naturalezas inteligentes y que sólo son concebidas por la mente, pero le son ajenas todas las cosas que están sometidas a la percepción sensible y aún caen más lejos de ella cuantas carecen de alma y movimiento.

lo sensible. San Gregorio de Nisa lo resolverá de otro modo: el ángel es mudable en cuanto él mismo es criatura (cf. J. Daniélou, *L'être et le temps chez Grégoire de Nysse*, Leiden 1970, p. 115).

34. Cf. Is 14, 2 ss.

35. El «mundo inteligible» es el compuesto por las naturalezas inteligibles, esto es, privadas de cuerpo y de materia: los ángeles, como antes se ha dicho. Sin embargo, este término era empleado por los platónicos para designar el mundo de las ideas.

36. Que la belleza del mundo creado y la armonía de sus partes atestiguan la presencia de una mente ordenadora y providencial, era ya una doctrina propia de las filosofías platónico-aristotélica y estoica. Cf. cuanto comenta a este propósito el mismo San Gregorio al inicio del cap. 11.

Mas, de todo esto, ¿qué es lo que realmente nos interesa a nosotros?, dirá al punto alguno de los amantes de la fiesta y de los más apasionados. «¡Fustiga al caballo hacia la meta! Reflexiona sobre lo que mira a la fiesta y sobre lo que hoy nos ha congregado». Precisamente es esto lo que, movido por mi deseo y por el argumento, pretendo hacer. Pero convenía tratarlo desde su origen.

11. Porque, ciertamente, la mente y la percepción sensible, tan distinta la una de la otra, constreñidas en sus propios límites, llevaban ya en sí la magnificencia del Logos creador, ensalzadoras silenciosas y sonoros mensajeros de su grandeza. Aún no había mezcla de una y otra, ni unión de contrarios. Ambas, mezcla y unión, habrían sido signo de una sabiduría grandísima y de la excelencia de las naturalezas, pero no hubiera sido fácil reconocer toda la riqueza de la bondad de Dios. Sin embargo, deseoso el Logos artífice de mostrar un ser viviente formado de ambas cosas, es decir, de una naturaleza visible y otra invisible, crea al hombre: toma el cuerpo de una materia ya creada y le introduce su propio espíritu —lo que la Escritura llama «alma inteligente» «e imagen de Dios»[37]. Era como un segundo mundo, un mundo grande en uno pequeño[38], que Dios colocó sobre la tierra como otro ángel, un adorador de naturaleza mixta, espectador de la creación visible que intuía las cosas inteligibles, rey de todas las cosas que se hallan sobre la tierra, aunque sometido al reino supremo. Terrestre y celeste, efímero e inmortal, visible e inteligente, entre la

37. Cf. Gn 1, 26.

38. El hombre es un microcosmos, el «segundo mundo», como había enseñado ya Filón de Alejandría (cf. *De post. Caini*, 16, 58; *Quis rer. diu. heres*, 31, 155; *De Abr.*, 15, 71 etc.). El concepto, que en último análisis se remonta a Platón (cf. *Tim.*, 81a; 88d), se encuentra también en San Gregorio Nacianceno (cf. *Hom.*, 28, 22).

grandeza y la humildad. Es espíritu y carne; espíritu por la gracia, carne por la soberbia[39]. Por un lado espíritu, para que mientras viva glorifique a su Hacedor; por otro, carne, para que sufra y sufriendo recuerde que fue castigado por vanagloriarse de su grandeza. Este viviente, después de ser gobernado aquí en la tierra, es conducido a otro lugar y, lo que constituye el punto final del misterio cristiano, llega a ser divino por su inclinación a Dios. A esta conclusión me lleva el mínimo resplandor que de la verdad poseemos aquí en la tierra para ver y gozar el resplandor divino, digno de Aquel que nos ató y nos desatará para unirnos a Él de nuevo de forma sublime.

12. Dios puso al hombre en el Paraíso[40], cualquiera que éste fuera, considerándolo digno de libre arbitrio para que el bien perteneciera a quien lo elige tanto como a Quien había sembrado en él la capacidad de hacerlo. Lo hace hortelano de árboles inmortales —quizá los pensamientos divinos, los más simples y más perfectos[41]—. Estaba desnudo por su sencillez y su forma de vida sin artificio, lejos de todo encubrimiento y recelo. Pues era conveniente que fuera así quien había sido creado al principio[42]. Le es dada la ley, que es el objeto so-

39. Esta expresión resulta poco clara: San Gregorio parece querer decir que la carne fue dada al hombre para que no se enorgulleciera ni ensoberbeciera por su particular dignidad, la misma que fue después objeto de la envidia de Lucifer, sino que, estando expuesta a las pasiones, pudiera la carne constituir un freno a la soberbia y un instrumento de educación para poder elevarse a Dios.

40. Cf. Gn 2, 15.

41. Esta interpretación de los árboles del Paraíso ha sido tomada por San Gregorio, probablemente, de Filón de Alejandría que *(De plant.,* 36-40) había afrontado en forma semejante el problema de la interpretación alegórica del Paraíso terrenal.

42. Sobre la condición de Adán en el Paraíso terrenal y sobre su caída por obra del demonio, cf. lo que se ha apuntado en la Introducción, pp. 6 ss.

bre el que ejercer su libertad. Consistía en la orden de comer de algunos árboles y abstenerse de otros. En concreto, debía abstenerse del árbol de la ciencia[43], no porque desde el principio éste hubiera estado mal plantado, ni que se les prohibiera por envidia —no desaten aquí sus lenguas los enemigos de Dios, imitando a la serpiente[44]—, sino porque comer de él era bueno sólo en el momento oportuno, porque, creo, este árbol representaba la contemplación de Dios, cuya posesión era segura sólo para quienes fueran de disposición perfecta. No era bueno, por el contrario, para los demasiado simples ni para los en exceso deseosos, al igual que no es conveniente una comida completa para quienes son todavía pequeños y sólo necesitan leche[45]. Mas enseguida, por envidia del diablo, mediante la ofensa de la mujer, a la que se tentó por más débil y se empleó para tentar por más persuasiva —¡ay de mi debilidad, que mía es la debilidad de mi progenitor!—, el hombre se olvidó del mandato establecido por Dios y se dejó tentar por la amarga comida y consiguientemente, a causa de su maldad, fue expulsado al mismo tiempo del árbol de la vida, del Paraíso y de Dios. Se vistió con túnicas de piel, que significan quizás una carne más grosera, tosca y mortal[46]. Conoce al pun-

43. Cf. Gn 2, 17.

44. Esta afirmación suena a una famosa sentencia de Platón, quien (Fedro 247e) había dicho: «La envidia permanece fuera del coro de los dioses». De nuevo aludirá otra vez a Platón nuestro autor en *Orat.*, 28, 11. Los enemigos de Dios que aventuran esta interpretación de atribuir al Creador la responsabilidad de la culpa del hombre, serían quizá cristianos de inspiración vagamente gnóstica. Tal vez, San Gregorio se esté dirigiendo polémicamente a los maniqueos.

45. Cf. 1 Co 3, 2.

46. La interpretación de las «túnicas de piel» con que se vistieron Adán y Eva después del pecado (cf. Gn 3, 21) es, como se sabe, de Orígenes (cf. Method., *De resurr.*, I, 29). San Gregorio de Nisa la recoge con algunas modificaciones, entendiendo por «túnicas de piel»

to la vergüenza y se esconde de Dios. De todo ello, no obstante, se saca algún provecho: la muerte que, poniendo fin al pecado, evita que sea inmortal el mal. El suplicio, pues, adquiere razón de benevolencia. Estoy persuadido de que Dios castiga así[47].

13. De muchas formas fue el hombre amonestado a causa de la muchedumbre de pecados que, por diversos motivos y circunstancias, tomaron raíz del mal. Fue advertido por la palabra de Dios, por los profetas, con beneficios, con amenazas, con desgracias, inundaciones, incendios, guerras, victorias, derrotas con señales procedentes del cielo, con señales procedentes del aire, de la tierra, del mar, de los hombres, de las guerras, con inesperadas mudanzas de pueblos. Lo que por medio de todo esto se pretendía era destruir el mal. Finalmente, tuvo el hombre necesidad de un remedio más eficaz, pues sus enfermedades se hicieron más graves, esto es, homicidios, adulterios, perjurios e idolatría, que es el primero y el peor de todos los males pues traslada a las criaturas la adoración debida al Creador[48]. Como tales cosas requerían un remedio mayor, mayor lo recibieron. Tal remedio fue el mismo Hijo de Dios, que es eterno, invisible, insondable, incorpóreo, principio que proviene del prin-

no el cuerpo en sí, porque Dios no pudo crear nada malo, sino las condiciones sensibles y corpóreas que inclinan a la pasión y al pecado (cf. J. Daniélou, *Platonisme et Théologie Mystique*, Paris 1954, pp. 56 ss.). San Gregorio Nacianceno, como se ve, está, por el contrario, menos convencido de esta interpretación.

47. Por consiguiente, la muerte tiene un valor positivo, porque impide al hombre pecar infinitamente. Esta interpretación de la pedagogía de Dios, respecto a la muerte, tal vez fuera recogida por el Nacianceno, de los escritos de su gran amigo San Gregorio de Nisa. Cf. *Orat. catech.*, 8; *De an. et resurr.*, 125. El Nacianceno retorna sobre la cuestión en *Poema* I, 1, 7, 82-91.

48. Cf. Rm 1, 25.

cipio, luz que de la luz proviene, fuente de la vida y de la inmortalidad, expresión del prototipo de belleza, sello inmóvil, imagen inmutable, fin y palabra del Padre[49]. Éste se inclina a quien es imagen suya[50], toma sobre Sí carne a causa de mi carne, a causa de mi alma se une a un alma inteligente, para purificar lo semejante por medio de lo semejante[51]. Se hizo hombre en todos los aspectos, menos en el pecado[52]. Nació de la Virgen, purificada primero en alma y cuerpo[53] por el Espíritu, pues era necesario que fuera honrada la generación humana y aún más la virginidad[54]. Siendo Dios se presentó con una naturaleza humana, un solo ser formado de dos naturalezas contrarias, carne y espíritu, de las que una era divina y la otra estaba divinizada. ¡Oh, inaudita mezcla! ¡Oh, extraña unión!

El que es, nace; se hace creado quien no lo es; el infinito se hace extenso merced al alma racional que hace de mediadora entre la divinidad y la gravedad de la carne. El que enriquece mendiga. Se empobrece tomando mi carne para que yo me enriquezca con su naturaleza divina. Se vacía[55] quien está repleto de todas las cosas, pues,

49. Esta serie de términos aplicados al Hijo de Dios tiene como fin subrayar —en polémica con los arrianos— la plena divinidad y el origen antes del tiempo.

50. Cf. Gn 1, 26.

51. Sobre la discusión a propósito de la Encarnación de Cristo cf. lo apuntado en la Introducción.

52. Cf. Hb 4, 15.

53. Cf. Lc 1, 27 ss.

54. Estas palabras revelan cual era la actitud del Nacianceno respecto a la virginidad y al matrimonio. Éste era defendido contra las condenas y las acusaciones de los herejes pero, aunque se lo considere bueno, se prefiere la virginidad como cosa de mayor estima. Por lo que hace al Nacianceno, cf. *Homilía 37.*

55. Cf. Flp 2, 7.

verdaderamente, durante un breve tiempo se vació de su gloria para que yo participara de su plenitud. ¿Cuál es la riqueza de su bondad? ¿Qué misterio es éste que me rodea? Yo participé de la imagen de Dios y no la guardé. Él participó de mi carne para salvar la imagen y hacer inmortal la carne. Él tomó parte de una segunda unión con el hombre, más extraordinaria que la primera por cuanto entonces me hizo participar de una naturaleza mejor y ahora es Él quien toma parte en una naturaleza inferior. Esto es con mucho mas divino que lo primero. Esto, para quienes son sensatos, es mucho más sublime.

14. A propósito de todo ello, ¿qué nos dicen los calumniadores, los calculadores rigurosos de la naturaleza divina, los que critican las cosas laudables, los que están ciegos para la luz, los ignorantes cuando de la Sabiduría se trata, por quienes murió Cristo inútilmente, criaturas ingratas, reproducciones del diablo? ¿Acaso reprochas a Dios todo este beneficio? ¿Es acaso insignificante porque se humilló por ti? ¿Porque el buen pastor que da su vida por el rebaño, por montes y colinas, sobre los que tú sacrificaste, va en busca de la que se ha extraviado[56] y cuando la halla la pone sobre sus hombros, sobre los que cargó también su cruz, y cogiéndola la lleva a la vida suprema y llevándola la cuenta entre las que no habían huido? ¿Porque encendió la lámpara, esto es, su carne, limpió su casa purificando de pecado al mundo y buscó el dracma, esto es, la imagen regia enterrada bajo las pasiones y después de haberlo encontrado llama a todas las amigas para hacerlas partícipes de su alegría[57], esto es, convoca a cuantos habían sido también hechos conocedores de su salvación? ¿Porque la luz más brillante sigue a

56. Cf. Jn 10, 11.
57. Cf. Lc 15, 8.

aquella que le precede y el Verbo a la voz[58] y el esposo al desposado que dispone para el Señor un pueblo elegido purificando primero con agua a quienes más tarde habrían de ser purificados por el Espíritu? ¿Reprochas esto a Dios? ¿Supones que es inferior por estos motivos? ¿Porque se ciñe una toalla y lava los pies de sus discípulos[59] y pone de manifiesto que el mejor camino para la exaltación es la humildad? ¿Porque se humilla para levantar al alma arrojada al suelo por el pecado? ¿Por qué no criticas también el hecho de que coma con publicanos[60] y les adoctrine en su casa con miras a sacar algún provecho? ¿Cuál, en concreto? La salvación de los pecadores. Tal vez alguno acusará también al médico que se inclina ante los enfermos y soporta el hedor para devolver la salud a los contagiados, o acusará quizás a quien, llevado por un sentimiento de amor hacia los hombres, se arroja a un pozo para salvar a las bestias que han caído en su interior, tal y como la ley prescribe[61].

15. Fue enviado como hombre ciertamente, pues doble era su naturaleza: se cansó[62], tuvo hambre[63], sed[64], se angustió[65], lloró[66], tal y como corresponde al cuerpo. Mas si también fue enviado como Dios ¿qué significa todo esto? Piensa que esta misión es deseo del Padre. Cristo devuelve al Padre todas sus cosas, sea porque honra al principio que está fuera del tiempo, sea por no

58. Cf. Lc 3, 4.
59. Cf. Jn 13, 4-5.
60. Cf. Lc 5, 27 ss.
61. Cf. Dt 22, 4.
62. Cf. Jn 4, 6.
63. Cf. Mt 4, 2.
64. Cf. Jn 4, 7.
65. Cf. Lc 22, 44.
66. Cf. Jn 11, 35.

parecer enemigo de Dios. De la misma forma que se dice[67] que fue entregado, se dice también que Él mismo se entregó. Se dice que por el Padre fue resucitado[68] y ascendido al cielo y, a su vez, que Él mismo resucitó y subió al cielo[69]. Las primeras expresiones significan la voluntad del Padre. Las segundas, la potestad de Cristo. Tú sólo hablas de las cosas inferiores y cuando refieres que Él padeció, callas que lo hizo voluntariamente.

Y, en verdad, ¡cuánto sufre ahora también el Verbo! Algunos, ciertamente, lo honran como Dios, pero lo reasumen[70] en la divinidad. Otros, atendiendo a su carne, lo deshonran y lo separan del Padre[71]. ¿Contra quiénes se irrita más? O, por mejor decir, ¿a quiénes perdona más?, ¿a quienes unen mal o a quienes separan? En efecto, sería necesario que aquéllos lo separaran y éstos lo unieran. Aquéllos en lo que toca al número. Éstos por cuanto a la naturaleza divina. ¿Te escandaliza su carne? Lo mismo sucedió también a los judíos. ¿También tú le darás acaso el nombre de samaritano? No hablaré sobre lo que sigue[72]. ¿Dudas de su naturaleza divina? ¡Ni si-

67. Cf. Ga 2, 20.
68. Cf. 1 Co 15, 15.
69. Cf. Hch 1, 9.
70. Este término, que nos resulta extraño, es un tecnicismo de la herejía modalista de Marcelo de Ancira (siglo IV), quien, al oponerse al arrianismo, cae en el error opuesto (y esta equivalencia de las dos herejías fue siempre subrayada, como un *topos*, por los escritores niceos). Marcelo sostiene que el Hijo, generado por el Padre con miras a la creación del mundo, será «reasumido» en el Padre (y perderá por tanto, la propia hipóstasis y la subsistencia personal) al fin del mundo. Para más detalles y una visión más profunda, cf. M. Simonetti, *La crisi ariana nel quarto secolo*, Roma 1975, pp. 66-71.
71. Referencia a los arrianos que, basándose en la humildad que caracterizó la vida del Hijo encarnado, negaron su naturaleza divina y por ende, lo separaron del Padre.
72. Cf. Jn 8, 48.

quiera los mismos demonios ponen esto en duda! ¡Oh, más incrédulo que los demonios, más insensato que los judíos! Éstos advirtieron que el titulo del Hijo era un nombre de igual dignidad. Aquellos respetaban como Dios a quien los expulsaba y las mismas cosas que padecían los forzaba a creer[73]. Pero tu no admites la igualdad, no confiesas la naturaleza divina. Mejor te sería estar circunciso y endemoniado —por decir algo en extremo ridículo— que incircunciso y con buena salud estar poseído por el demonio y sin Dios.

16. Y al poco podrás ver también que Jesús se purifica en el río Jordán[74] por mi expiación. O, para ser exactos, santifica las aguas con su purificación, que no estaba necesitado de purificación quien quita el pecado del mundo. Verás que se abren los cielos[75] y que el Espíritu, que es de su misma naturaleza, da testimonio de Él[76]. Lo verás tentado y victorioso, servido por los ángeles[77], curando toda enfermedad y debilidad[78], devolviendo la vida a los muertos[79] —¡ojalá hiciera otro tanto contigo, que estás muerto por tu falsa creencia!—. Lo verás expulsando a los demonios, a unos, Él en persona[80], a otros, por medio de sus discípulos[81]. Alimenta con unos pocos panes a una muchedumbre[82]. Anda sobre el

73. Cf. Lc 4, 41.
74. Cf. Mt 3, 13.
75. Cf. Mt 3, 16.
76. Cf. Mt 3, 17.
77. Cf. Mt 4, 6 ss.
78. Cf. Mt 4, 11.
79. Cf. Jn 11, 1 ss.
80. Cf. Lc 8, 27 ss.
81. Cf. Lc 10, 17.
82. Cf. Mt 14, 13 ss.

mar[83]. Es traicionado[84] y crucificado[85], crucificado Él y con Él crucificada mi culpa. Conducido como cordero[86], como sacerdote ofrece el sacrificio[87]. Sepultado como hombre, como Dios resucitado, sube después al cielo y tornará con toda su gloria. ¡Cuántas fiestas necesitaría para celebrar cada uno de los misterios de Cristo! Punto fundamental de todas ellas será uno sólo: mi perfección y restauración y el regreso a la primitiva condición de Adán.

17. Ahora ten noticia de su concepción y salta de gozo, si no como Juan, en el vientre materno[88], sí como David, al detenerse el arca[89]. Aprecia el censo[90] en virtud del cual serás registrado en el cielo. Honra la generación[91] merced a la cual serás librado de los vínculos de la generación. Venera a la pequeña Belén, que te condujo al Paraíso. Adora el pesebre[92] gracias al cual tú, que estabas desprovisto de cordura, fuiste nutrido del Logos. Conoce, como el buey, a quien te posee. A esto exhorta Isaías[93]. Conoce, como el asno, el pesebre de tu Señor. Ya seas uno de los puros, sujeto a la Ley, de los que meditan la palabra y son aptos para los sacrificios, que pertenecen al linaje de los gentiles. Corre junto con la estrella[94], junto con los Magos[95] obsequia oro, incien-

83. Cf. Mt 14, 26.
84. Cf. Mt 26, 47 ss.
85. Cf. Mt 27, 35.
86. Cf. Is 57, 2.
87. Cf. Hb 3, 1.
88. Cf. Lc 1, 41.
89. Cf. 2 S 6, 14.
90. Cf. Lc 2, 1 ss.
91. Cf. Lc 2, 7.
92. Cf. *ibíd*
93. Cf. Is 1, 3.
94. Cf. Mt 2, 2.
95. Cf. Mt 2, 11.

so y mirra a quien es rey y Dios y ha muerto por ti. Glorifícalo con los pastores[96], con los ángeles cántale himnos[97], forma coros con los arcángeles: sea común la fiesta a los cielos y a las potencias terrenales. Estoy convencido de que aquellos, juntamente con nosotros, exaltan y celebran esta fiesta, porque aman a los hombres y aman a Dios, según los presenta David cuando, después de la Pasión, ascienden con Cristo, le salen al encuentro y unos a otros se ordenan que abran las puertas[98].

18. Algo nos resulta odioso al hablar del nacimiento de Cristo y es la matanza de los inocentes llevada a cabo por Herodes[99]. Mas si bien se considera, debe respetarse el sacrificio de los niños contemporáneos de Cristo, sacrificados antes de la nueva víctima. Si Cristo huye a Egipto[100], huye con Él de buen grado, que bello es huir con Cristo cuando Él es perseguido. Si se demora en Egipto, llámalo, aunque allí debidamente se le adora[101]. Como discípulo sin tacha de Cristo, recorre cada una de sus edades y virtudes. Purifícate[102], circuncídate[103], despójate del velo de tu nacimiento. Después ense-

96. Cf. Lc 2, 20.
97. Cf. Lc 2, 13.
98. Cf. Sal 23, 7-9.
99. Cf. Mt 2, 16.
100. Cf. Mt 2, 13.
101. Alusión a la actitud del patriarcado de Alejandría que, desde que se encontraban allí Alejandro y después Atanasio, había sido siempre un acérrimo enemigo de la herejía arriana y un ferviente defensor de la fe nicena. San Gregorio se dirige con sentimientos de amistad al obispo de Alejandría, Pedro, que era hermano de San Atanasio, muerto pocos años antes (en el 373), aunque entre San Gregorio y Pedro habían tenido lugar disensiones.
102. Cf. Lc 2, 22.
103. Cf. Lc 2, 21.

ña en el Templo [104] y expulsa de él a los sacrílegos, a los que trafican con las cosas de Dios [105]. Si es necesario ser lapidado para sufrir, ten por seguro que pasarás inadvertido a quienes quieran apedrearte y, como el mismo Dios, huirás por medio de ellos [106]. Si te acercares a Herodes, no le contestes [107]. Tu silencio será más respetado que el largo discurrir de otros. Si eres flagelado [108], exige las cosas que vienen después. Prueba la hiel [109], por ver qué gusto tiene. Bebe vinagre [110]. Reclama los salivazos [111]. Recibe las bofetadas y los golpes [112]. Corónate de espinas [113], o sea, con la aspereza de la vida de Dios. Arrópate con el manto escarlata [114]. Ase la caña [115], que se arrodillen ante ti quienes se mofan de la verdad [116]. Finalmente hazte crucificar con Él crucificado [117], muere con Él [118]. De buena gana hazte sepultar con Él [119] para que también resucites con Él [120] y seas glorificado y con Él reines, viendo así a Dios tal y como Él es y, siendo visto tú por Él, por el Dios que es adorado y glorificado

104. Cf. Lc 2, 46.
105. Cf. Mt 21, 12.
106. Cf. Jn 8, 59; Lc 4, 30.
107. Cf. Lc 23, 9.
108. Cf. Mt 27, 26.
109. Cf. Mt 27, 34.
110. Cf. Mt 27, 48.
111. Cf. Mt 27, 30.
112. Cf. Mt 27, 29-30.
113. Cf. Mt 27, 29.
114. Cf. *ibíd.*
115. Cf. *ibíd.*
116. Cf. *ibíd.*
117. Cf. Mt 27, 35.
118. Cf. Mt 27, 50.
119. Cf. Mt 27, 60.
120. Cf. Mt 28, 6 ss.

en la Trinidad, a quien ahora nosotros suplicamos que nos ilumine. A Éste en cuanto es accesible a nosotros los encadenados a la carne, a Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien la gloria es por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 39

1. De nuevo mi Jesús, de nuevo el misterio, un misterio que no es falaz ni indecente como lo son los del error y embriaguez de los griegos —de tales motejo yo a sus sacrificios y pienso que lo mismo harán todas las personas cuerdas—, sino que es un misterio sublime y divino, adecuado al supremo resplandor. Pues el sagrado día de la luz que hoy nos ha congregado y de cuya celebración hemos sido considerados dignos tiene por objeto el bautismo de mi Cristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo[1], lleva a cabo mi purificación y presta ayuda a la luz que al principio recibimos de lo alto y que por el pecado oscurecemos y ofuscamos.

2. Escucha, por tanto, la palabra divina que resuena vehemente dentro de mí, iniciado e iniciador de estos misterios, aunque bien pudiera ser que a vosotros os suceda otro tanto. «Yo soy la luz del mundo»[2] y, por este motivo, «acércate a Él y sé iluminado y tu rostro no se avergonzará»[3], porque estará signado con la luz verdadera[4]. Es tiempo de regeneración; ¡nazcamos de nuevo! Tiempo para nuestra reforma: ¡retomemos el primer Adán![5]. No sigamos siendo como ahora somos, ¡seamos

1. Cf. Jn 1, 9.
2. Jn 8, 12.
3. Sal 33, 6.
4. Cf. Jn 1, 9.
5. Cf. 1 Co 15, 45.

como fuimos! «La luz resplandece en las tinieblas»[6], es decir, en esta vida, en esta vida carnal. Es perseguida, por las tinieblas, mas no apresada[7]. Me refiero al poder del enemigo que si, imprudente como era, atacó a quien parecía Adán, enfrentado con Dios fue vencido[8] para que nosotros, apartados de las tinieblas, nos acerquemos a la luz y luego lleguemos a ser luz perfecta, o sea, engendrados por la luz perfecta. ¿Advertís la gracia en este día? ¿Veis la eficacia de este misterio? ¿Acaso no sois levantados de la tierra? ¿No fuisteis, por ventura, puestos en el cielo, a la vista de todos, merced a mi voz y a mis consideraciones?[9]. Y aún más altos seréis colocados cuando el Logos dirija por buen camino mi discurso.

3. ¿Es ésta la purificación conforme a la ley, la que es sombra[10], que actúa mediante purificaciones pasajeras y en virtud de las cenizas de una ternera[11] purifica a los manchados? ¿O es, tal vez, los misterios de este linaje que celebran los griegos? Celebraciones e iniciaciones que a mí se me antojan simplezas, invenciones sombrías de los demonios, ficción de mentes desgraciadas

6. Jn 1, 5.

7. Cf. Jn 1, 5.

8. Aquí se alude a lo que San Gregorio explicará mas detenidamente después (cf. cap. 13), esto es, al encuentro victorioso de Cristo con el demonio. Este último, engañado por el aspecto humano (de Adán, como se dice aquí y en el capítulo 13) del Hijo de Dios, cayó sobre Él a fin de apoderarse de aquella presa que, como hombre, consideraba le pertenecía. Mas quedó burlado porque bajo la envoltura de la carne humana, se escondía la naturaleza divina.

9. Hemos traducido así el término griego *anagoghé*, aunque la versión no sea del todo precisa; en griego indica una interpretación espiritual del hecho bíblico y San Gregorio añade también al término el significado de «conducir a lo alto», implícito en el verbo *anághein*.

10. Alusión a la Ley, considerada comúnmente como «sombra del futuro», de la *nueva ley*, desde los tiempos de la apologética.

11. Cf. Hb 9, 13.

afianzada por el paso del tiempo y cubiertas de mitos. Adoran todas estas cosas como verdaderas, las encubren como míticas. Sin embargo, si realmente son verdaderas no conviene que se les llame «mitos», ya que no son vergonzosas[12]. En cambio, si son falsas no son dignas de respeto ni cabe tener sobre una misma cuestión opiniones encontradas, como si estuvieran entreteniéndose con una pandilla de muchachos o en un corro de hombres, privados por entero de juicio y no hablando con personas sensatas, adoradores del Logos aunque desprecien el hábil y sucio arte de la persuasión[13].

4. Nosotros nada tenemos que ver ni con la estirpe ni con los hurtos de Zeus, el tirano de los cretenses —aunque a los griegos les moleste esta interpretación—[14]. Ni con los estruendos, aplausos y danzas armadas de los Curetes[15], destinados a ocultar los sollozos del dios para que pase inadvertido a su padre, odiador de sus hijos. Pues indigno era que quien debía ser devorado como una piedra llorase igual que un niño. No se trata aquí de las mutilaciones de los frigios, de sus flautas[16], de los cori-

12. Alusión a los cultos mistéricos paganos que contaban con una amplia difusión en la época imperial y constituían para el cristianismo un peligro mayor aún que el de la religión tradicional.

13. Referencia polémica al arte retórica, tenida en gran consideración en la época en que escribía San Gregorio.

14. Una tentativa de interpretación racionalizante de la adolescencia de Zeus, alimentado y educado en Creta a espaldas de su padre Crono, que quería devorarlo como al resto de sus hijos por temor a que, como luego sucedió, lo destituyese. Según San Gregorio, Zeus no habría sido sino un rey de Creta, divinizado después.

15. Según la tradición, los curetes eran guerreros que danzaban con sus armas, a fin de que el fragor de su baile ocultase a los oídos de Crono los vagidos de Zeus niño.

16. Alusión a los ritos de los sacerdotes frigios que al son de flautas se mutilaban en honor de Rea (o Cibeles). Este culto orgiástico ha-

bantes[17], ni de todo aquello que, estando fuera de sí, hacen los iniciados en los misterios de Rea en honor de la madre de los dioses. A nosotros no nos es raptada ninguna muchacha[18], ni tenemos Deméter que ande errante, ni sacamos a relucir Celeos, Tritolemos[19], ni dragones, ni, en fin, tantas otras cosas que aquella hace y padece. Me avergüenzo de poner a la luz del día la nocturna celebración de los misterios y de hacer de la vergüenza un misterio[20]. Eleusis conoce tales cosas y también los iniciados en esos misterios, silenciosos y realmente dignos de silencio. Nada tenemos que ver con Dioniso, ni con el muslo que sufre dolores de parto al alumbrar a un feto no llegado a término[21], ni, por ende, con la cabeza que ya antes había parido otro feto[22]. Ni con un dios afeminado y su coro de borrachos, ejército de disolutos, ni con la necedad de los tebanos que lo veneran[23], ni

bía tenido origen en Asia Menor y difundido por el mundo grecorromano, gozaba de muy poca estima.

17. Los coribantes eran los sacerdotes de Rea que danzaban y batían palmas durante las procesiones.

18. Alusión al rapto de Proserpina efectuado por Plutón y a la búsqueda que de ella hizo por todo el mundo su madre Deméter.

19. El rey Celeo, padre de Tritolemo, había acogido y hospedado a Deméter durante su peregrinaje.

20. Oscuras alusiones a los ritos mistéricos de Eleusis, que representaban el mito de la peregrinación de Deméter y del descubrimiento de Proserpina. Era fama que este rito se celebraba en los misterios eleusinos con prácticas obscenas.

21. Dionisio, concebido por Zeus y Semele, fue extraído del cuerpo de su madre antes de que se cumpliera el tiempo de su nacimiento y fue escondido por Zeus en uno de sus muslos, cuando Semele fue asesinada por Era, airada contra ella por el adulterio de Zeus.

22. Referencia al nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus, para significar su origen virginal e intelectual.

23. Alusion polémica a Baco y a sus desenfrenados coros. En Tebas se celebraban fiestas sagradas en honor de Baco, conocidas de todos por la posesión dionisíaca y la ebriedad de sus participantes.

con el rayo adorado de Semele[24]. Tampoco con los obscenos misterios de Afrodita, engendrada de forma vergonzosa, y según la opinión de sus propios adoradores, también vergonzosamente venerada[25]. Ni con ciertos Falos e Itífalos, depravados de aspecto y hechos[26]. Tampoco con los asesinos de extranjeros de Taúride[27], ni con la sangre de los adolescentes espartanos desgarrados con látigos, que se derrama sobre los altares. Adolescentes adoradores de una diosa, virgen por más señas[28], que sólo se comportaban virilmente ante una cosa: el mal. Pues en unas solas personas se juntaban el honor a la molicie y la veneración del coraje.

5. ¿Dónde dejas el canibalismo de Pélope, gracias al cual se sacian los hambrientos dioses, y su hospitalidad cruel e inhumana?[29] ¿Dónde las horribles y sombrías apariciones de Hécate?[30] ¿Dónde los oráculos y los vati-

24. Cf. supra, nota 21.

25. No se sabe exactamente a qué se refiere aquí San Gregorio. Tal vez, se trata sólo de que el hecho de ser Afrodita la diosa del amor le hiciera suponer la existencia de misterios obscenos.

26. Personajes míticos del séquito de Afrodita y cuyo nombre es de por sí suficientemente expresivo.

27. Según la leyenda, existía en Taúride, entre los escitas, en la región correspondiente más o menos a la actual Rusia, un altar consagrado a Artemis, sobre el cual eran inmolados todos los extranjeros.

28. Alusión al culto a «Artemis Orthia», la «diosa virgen» de que se habla, en Esparta. En su honor los jóvenes espartanos se flagelaban a veces ante los ojos de los espectadores que los animaban.

29. La expresión griega que acabamos de traducir es ambigua. El acto de canibalismo fue preparado para los dioses por Tántalo, quien les ofreció como comida la carne de su hijo Pélope, iniciando con este atroz delito la serie de maldiciones que arruinaron a todos sus descendientes.

30. Los misterios de Hécate no son bien conocidos. En cualquier caso, Hécate era considerada la diosa de la noche y del infierno.

cinios subterráneos de Trofonio[31], las necias parlerías del roble de Dodona[32], las astutas mañas del trípode de Delfos[33], el agua de la fuente de Castalia, que presagiaba el futuro?[34] Ninguno de éstos fue capaz de adivinar su propio porvenir: el silencio[35]. En nada tenemos los sacrificios de los magos, ni los augurios fundados en el examen de vísceras[36]. En nada la astrología y la genealogía de los caldeos quienes, incapaces de conocerse a sí mismos y de saber qué son y qué serán, vinculan nuestro futuro a los movimientos celestes[37]. Nuestras fiestas no guardan relación alguna con las orgías de los tracios de las que, según es fama, derivan las prácticas religiosas de

31. El beocio Trofonio, deseoso de gloria, se habría escondido hasta el fin de sus días en una gruta subterránea en Lebadea, en Beocia. En aquel mismo lugar, habría establecido su morada un demonio quien, fingiéndose Trofonio, ofrecía a quienes lo solicitaban los vaticinios requeridos.

32. En Dodona, célebre ciudad de Epiro, se encontraba un bosque de robles consagrados a Zeus, de cuya fronda se extraían los vaticinios.

33. El famoso oráculo del Apolo de Delfos, donde había un trípode a cuyo lado la Pizia, sacerdotisa del Apolo pítico, poseída por el dios, vaticinaba.

34. Una fuente del monte Parnaso consagrada a Apolo y a las musas. Era designada con frecuencia como la fuente de la poesía y de la inspiración poética.

35. Alusión al hecho de que en los tiempos de San Gregorio muchos de los oráculos más famosos se habían reducido al silencio, esto es, no vaticinaban ya y estaban abandonados, testimonio de la difusión del cristianismo y del abandono de la religión tradicional.

36. Con el nombre genérico de magos se designaba a los sacerdotes persas u orientales en general, expertos en la práctica de las predicciones basadas en el examen de vísceras de víctimas sacrificadas al efecto. Esta práctica, con todo, era típica también de otros sacerdotes paganos.

37. También los caldeos eran sacerdotes orientales, expertos en astrología. Recuérdese que el estudio de la astronomía era particularmente cultivado desde la antigüedad sobre todo por los babilonios, a quienes se consideraba antepasados de los caldeos.

los cultos[38]. Ni con las celebraciones y misterios de Orfeo[39], a quien los griegos admiran por su sabiduría, atribuyéndole la invención de la lira con cuyo tañido atraía a sí todas las cosas. Ni con el justo castigo que Mitra impone a los iniciados en sus misterios[40]. Ni con los descuartizamientos de Osiris o con cualquier otro suplicio venerado por los egipcios[41]. Ni con los infortunios de Isis[42], ni con los machos cabríos adorados por los mendesios[43], ni con el pesebre de Apis, el buey cebado por la necedad de los habitantes de Menfis[44], ni con las injurias con que se honra al Nilo, el dador de frutos, como le llaman, rico en espigas y que mide la felicidad por cubos de agua[45].

6. Y paso por alto el culto tributado a los reptiles y a las bestias salvajes, así como el precio pagado a la obscenidad. Cada uno de éstos tenía ceremonias y fiestas propias, sólo les era común la insensatez. Dado que de-

38. Según la tradición, los tracios habían sido los primeros en enseñar las prácticas del culto divino.

39. Alusión a los misterios y a las iniciaciones a los ritos de Orfeo, cubiertos de secreto al igual que los misterios eleusinos.

40. Los iniciados en el culto al dios persa Mitra, equivalente al sol, debían superar una serie de pruebas y experiencias particularmente arduas. No parece, sin embargo, que San Gregorio esté bien informado sobre el particular.

41. Osiris, dios de Egipto, había sido despedazado por su enemigo Tifón, dios de la violencia y de la fuerza irracional.

42. Isis, mujer de Osiris, recorrió todo el mundo buscando los miembros despedazados de su marido, para recomponerlos y devolverlo a la vida.

43. Los habitantes de la ciudad de Mendes, en el bajo Egipto, veneraban como dios a un macho cabrío.

44. En Menfis, por el contrario, era objeto de particular devoción al buey Apis.

45. Referencia a los beneficios reportados a Egipto por el Nilo, que con sus crecidas fertiliza su vega.

seaban ser impíos hasta el extremo y apartarse por completo de Dios, entregándose a la adoración de ídolos producto de su arte, creación de sus manos, nada mejor podían apetecer las personas sensatas sino que aquéllos honrasen y venerasen sus cosas tal y como lo hacían, de suerte que, como dice San Pablo[46], recibieran por recompensa un premio adaptado al error que adoraban: que a causa de sus divinidades se hicieran tanto más despreciables cuanto más las honraban. Detestables eran por su error. Más aún por la vileza de lo que adoraban y veneraban. De manera que llegaban a ser más necios que los objetos de su adoración, superándolos en necedad tanto cuanto ellos los superaban en vileza.

7. Los hijos de los griegos y sus demonios diviértanse con estas cosas que acarrean su desgracia y, divididos por la diversidad de opiniones e imágenes vergonzosas, dirijan a ellas el honor digno de Dios. Todo esto comenzó a suceder desde el punto en que fuimos expulsados del árbol de la vida[47] por haber comido su fruto en momentos que no era oportuno ni conveniente[48]. Al instante los demonios asaltaron a los hombres incitándoles para que, como débiles que eran, se olvidaran de guiarse por la razón y abrieran las puertas a las pasiones Pues, envidiosos y enemigos del hombre o, mejor dicho, hechos tales por su maldad, no querían permitir que los hombres, una vez hechos terrenos por su caída desde el cielo a la tierra, alcanzasen los bienes celestes. Ni llevaban tampoco a bien ser desposeídos de su gloria y condición de primeros. Por ello persiguieron a la naturaleza

46. Cf. Rm 1, 23 ss.

47. Cf. Gn 3, 22.

48. Reaparece la interpretación del árbol de la vida que se encontraba en el Paraíso y de su significado que ya se ha visto en la *Homilía 38*, núm. 12.

humana, para injuriar en ella a la imagen de Dios. Y como no elegimos observar la ley, fuimos dejados al albedrío de nuestro error; como nos equivocamos, obtuvimos la deshonra conveniente al objeto de nuestra veneración[49]. No sólo es indigno que habiendo sido creados para las buenas obras, para la alabanza del Creador, para imitar a Dios en la medida en que nos es posible, nos hayamos convertido en instigadores de toda suerte de pasiones que devoran al hombre interior y lo consumen miserablemente, sino que también es igualmente indigno que inventemos dioses patronos de las pasiones, a fin de que la comisión de los pecados no sea considerada una necedad, sino algo divino. Pues algunos pretenden justificarse con el ejemplo de aquellos a quienes adoran.

8. Mas como a nosotros, por beneficio divino, se nos ha concedido huir del error supersticioso y permanecer en la verdad y servir a Dios vivo y verdadero y estar por encima de la creación, sobrepasando a cuanto está sometido al tiempo y al movimiento, conocemos a Dios y meditamos sobre las cosas divinas. Y comenzamos nuestra meditación por donde más conviene hacerlo. El punto de arranque más adecuado nos fue indicado por Salomón al decir[50]: «principio de la Sabiduría: adquiere la Sabiduría». ¿A qué se refiere con «principio de la Sabiduría»? Al temor[51]. En efecto, no es menester que quien se inicia en la contemplación desemboque en el temor, aunque una contemplación sin mesura podría empujar hasta el precipicio. Lo que resulta necesario es que mediante el temor, quien contempla se instruya en los principios básicos, se purifique y, por así decirlo, se disponga

49. Cf. Rm 1, 24-25.
50. Pr 4, 7.
51. Cf. Qo 1, 16.

para elevarse a las alturas. Allí donde existe temor, se da también la observancia de los mandatos; cuando está presente la observancia de los mandatos, se encuentra la purificación de la carne, esto es, de la nube que obnubila al alma y no le permite ver la luz divina en toda su pureza; donde hay, en fin, purificación, hay iluminación. Ésta constituye la plenitud del deseo para quienes aspiran a las cosas o a la cosa más grande, o a lo que está por encima de lo que es grande[52].

9. Por este motivo, en primer lugar cada uno debe purificarse y luego acostumbrarse a ser puro, si no queremos que nos suceda lo mismo que a Israel, que no soportaba la gloria de Moisés[53] y, por ende, éste debía usar un velo. O si no queremos exponernos a sentir y decir aquello que Manóaj dijo cuando se le presentó Dios en una visión[54]: «mujer, vamos a morir porque hemos visto a Dios». O, como Pedro en la barca, tendremos que apartarnos del Señor porque no somos dignos de su presencia[55] (mas cuando hablo de Pedro, ¿de quién hablo? De aquel que anduvo sobre las aguas)[56]. O quedaremos ciegos como le sucedió a Saulo, cuando antes de ser purificado de las persecuciones, habló con el perseguido, o sea, con un breve resplandor de la gran luz[57]. O si no estamos dispuestos a hacer como el centurión que, aunque pretendía una curación, no se atrevió a recibir en su casa al médico[58] por un temor digno de alabanza. Diga

52. Sobre el significado y el valor de la purificación, previa a todo conocimiento de Dios, cf. cuanto se ha dicho en la Introducción.
53. Cf. Ex 34, 30 ss.
54. Jc 13, 22.
55. Cf. Lc 5, 8.
56. Cf. Mt 14, 29.
57. Cf. Hch 9, 4 ss.
58. Cf. Mt 8, 5 ss.

también alguno de nosotros, todavía no purificado, que es centurión con mando sobre muchos vicios y soldados del César, es decir, del dueño del mundo, de los que andan a ras de tierra: «no soy digno de que entres bajo mi techo»[59]. Sólo cuando vea a Jesús, cuando, aun siendo pequeño en edad espiritual, se suba como Zaqueo a una higuera[60] por la mortificación de estos miembros de barro y la superación del cuerpo de humillación, sólo entonces podrá recibir en su casa al Logos y escuchar de Él: «hoy ha venido la salvación a esta casa»[61]. Reciba entonces la salvación y produzca frutos perfectos, distribuyendo y desprendiéndose por completo de cuanto había adquirido deshonestamente.

10. Ciertamente, el Logos es por su naturaleza terrible para quienes no son dignos de Él y por su amor a los hombres, comprensible para cuantos estuvieran bien dispuestos, es decir, los que han arrojado de sus almas al espíritu impuro y material y las han barrido y adornado con el conocimiento[62]. No han dejado al alma ociosa e inactiva, dando lugar a que con mayor aparato se apoderaran de ella los siete espíritus malignos, iguales en número a los espíritus de la verdad[63]. Tanto más se desea algo, cuanto más difícil es su consecución; sino que, para apartar el mal y que obrase el bien, han acogido a Cristo tanto como les ha sido posible, a fin de que las fuerzas del mal no pudiesen dominarlos de nuevo al encontrarlos vacíos, llegando a ser la situación segunda peor que la primera[64], porque el asalto ha sido más impetuoso y la

59. Mt 8, 8.
60. Cf. Lc 19, 2 ss.
61. Lc 19, 9.
62. Cf. Mt 12, 44-45.
63. Cf. Is 11, 2-3.
64. Cf. Mt 12, 45.

vigilancia mayor y más difícil de sorprender. Mas si hemos custodiado nuestra alma con todo esmero[65] y hemos dispuesto nuestro corazón para el ascenso[66] y limpiado nuestro barbecho para sembrar en él la justicia[67] y si, según comentan Salomón, David y Jeremías, nos hemos iluminado con la luz del conocimiento, podremos hablar de la Sabiduría de Dios escondida en el misterio[68] e iluminar también a los demás. Entre tanto, habremos de purificarnos e iniciarnos en el Logos para procurarnos todo el bien posible, haciéndonos semejantes a Dios y recibiendo al Logos cuando venga a nosotros, a fin de que no sólo lo admitamos en nosotros sino que teniéndolo en abundancia, podamos también mostrarlo a otros.

11. Purificado ya con la palabra nuestro auditorio, ¡ea! meditemos acerca de la fiesta de hoy y celebrémosla con el ánimo de quien ama la fiesta y a Dios. Dado que el punto capital de la fiesta es la conmemoración de Dios, evoquémosle. Pues entiendo que el clamor de quienes celebran la fiesta allá arriba, es decir, en el lugar donde está la morada de los que saltan de júbilo[69], ese clamor, digo, no es otra cosa que un himno de gloria a Dios entonado por quienes han sido considerados dignos de habitar tal lugar. Que nadie se sorprenda si mi discurso repite cosas ya dichas: no sólo hablaré sobre las mismas cosas, sino que emplearé idénticas palabras[70], mien-

65. Cf. Pr 4, 23.
66. Cf. Sal 80, 6.
67. Cf. Jr 4, 3.
68. Cf. 1 Co 2, 7.
69. Cf. Sal 86, 7.
70. Referencia a cuanto el mismo San Gregorio había dicho ya antes en la *Homilía 38*, donde se había apuntado la historia de la Creación del universo, del hombre, de su caída y de su salvación gracias a la Encarnación del Hijo de Dios.

tras mi lengua y mi corazón y mi pensamiento tiemblan al referirme a Dios. Os ruego además, que vosotros por vuestra parte adoptéis una actitud santa y digna de alabanza. Mientras yo esté hablando de Dios, vosotros debéis dejaros iluminar por la luz que es una y tres. Tres, de acuerdo con la diversidad de condiciones, esto es, de personas, o de hipóstasis, si alguno prefiere este término, que no discutiremos sobre palabras cuando todas ellas expresan una misma idea[71]. Una, conforme a la unidad de sustancia o naturaleza divina. Esta única, se divide de forma indivisa, se une, por así decirlo, separadamente. Porque la naturaleza divina es una en tres y la Trinidad constituye una unidad. En las tres se halla la naturaleza divina o, por ser más exacto, las tres constituyen la naturaleza divina. Olvidémonos de cualquier superioridad o insuficiencia[72]: no hagamos de la unidad una confusión y de la diversidad una división[73]. Queden lejos de nosotros tanto la confusión de Sabelio, cuanto la división de Arrio, errores ambos opuestos diametralmente entre sí pero merecedores de una condenación semejante. ¿A qué viene reunir equivocadamente a Dios o separarlo mediante una desigualdad?

71. Sobre estas líneas de teología trinitaria, cf. cuanto se ha dicho en la Introducción.

72. Alusiones a la diversidad de naturalezas entre el Padre y el Hijo sostenida por la herejía arriana, que consideraba mayor al primero, en cuanto Dios, e infinitamente inferior al segundo en cuanto criatura.

73. El contexto es, simultáneamente, de polémica contra los arrianos y contra los modalistas. La confusión de que aquí se habla y la reducción a la que enseguida se hará referencia, describe el modalismo, que hace del Hijo un modo de ser del Padre y, por ende, lo reduce, lo resuelve en el Padre; la diversidad, la división, el truncamiento, indican la separación de sustancia o naturaleza entre el Hijo y el Padre, según la herejía arriana, que considera al Hijo una criatura y a Dios solamente el Padre.

12. «Para nosotros no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas»[74] y un solo Espíritu Santo en el que todas las cosas están. Los términos «de quien», «por quien», «en el que», no afirman distinción de naturaleza, pues de ser así no podría alterarse el orden ni la disposición de tales partículas; sino que mediante la definición de la naturaleza de una persona, se obtiene la caracterización del conjunto de la naturaleza, sin que ello implique confusión[75]. Que las tres personas se unen en una sola naturaleza resulta obvio a quien lea con detenimiento lo escrito por el Apóstol: «De Él, por Él y para Él son todas las cosas, a Él la gloria por los siglos. Amén)[76]. El Padre es padre y no tiene principio, porque no proviene de nadie. El Hijo es hijo y tiene principio, porque proviene del Padre. Mas si por «principio» entiendes algo inserto en el tiempo entonces habrás de negar que Él tenga principio, ya que es Él quien ha creado el tiempo y, por tanto, no puede someterse a lo temporal. El Espíritu Santo es realmente espíritu y proviene del Padre[77], pero no por generación como el Hijo, sino por procesión, si se nos concede inventar esa palabra para expresarnos con alguna claridad[78]. Ni el haber engen-

74. 1 Co 8, 6.

75. Sobre este pasaje, cf. cuanto se ha observado en la Introducción.

76. Rm 11, 36.

77. Cf. Jn 15, 26.

78. San Gregorio había sido, en efecto, el primero en formular con esta terminología la Pneumatología ortodoxa. Frente a San Basilio que se limitaba a considerar al Espíritu Santo como «par en honor» al Padre y al Hijo, y por consiguiente Dios, el Nacianceno sostiene que el Espíritu Santo proviene del Padre, pero no como el Hijo, sino por «procesión». Aunque derivado de Jn 15, 26, el término es un neologismo de San Gregorio, en la medida en que pretende indicar «el modo de ser» del Espíritu Santo.

drado supone algo contrario a la condición de no engendrado del Padre, ni contra la condición de engendrado del Hijo supone algo su procedencia de quien no ha sido engendrado. ¡No podría ser de otra manera! Ni el Espíritu Santo se transforma en Padre o Hijo porque proceda de ambos y sea Dios. Aunque los impíos se resistan a creerlo, la peculiaridad de la persona es inmutable. Pues, en efecto, ¿cómo sería peculiaridad si se moviera y transformara? Quienes consideran la peculiaridad de no ser engendrado, o la de serlo, como reductibles a la naturaleza de dioses que tienen el mismo nombre se verán forzados a reconocer que Adán y Set pertenecen a naturalezas distintas, ya que el primero no nació de carne, sino que fue creado por Dios, y el segundo nació de Adán y Eva[79]. En resumen, un solo Dios en tres Personas y tres Personas en un solo Dios, tal y como ya hemos dicho.

13. Siendo así las cosas, según las hemos expuesto, era necesario que no fueran los únicos adoradores los seres superiores[80], sino que convenía que hubiera también adoradores terrenales, para que todo se llenase de la gloria de Dios, pues suyo era todo. Por tal motivo fue creado el hombre honrado con la mano y la imagen divinas. Ahora bien, cuando el hombre se apartó miserablemente del Dios que lo había creado, no hubiera sido digno de Dios desinteresarse de su criatura. ¿Qué sucedió entonces? ¿Cuál es el gran misterio que nos atañe? Las naturalezas se renuevan y Dios se hace hombre. El que cabalga

79. El mismo ejemplo es empleado en la *Homilía 31, 11*, para ilustrar los diversos orígenes del Hijo y del Espíritu Santo, que, aunque proceden ambos del Padre, no son los dos Hijos. Los pneumatómacos argüían que si el Espíritu tenía su origen en el Padre, debía ser Hijo y, por consiguiente, había dos Hijos.

80. Esto es, los ángeles; cf. lo dicho por San Gregorio en la *Homilía 38, 9*..

sobre el cielo más alto hacia el oriente de su propia gloria y esplendor[81], es glorificado en el occidente de nuestra simpleza y humildad y el Hijo de Dios acepta ser Hijo del Hombre y ser así llamado. No porque cambiase lo que era, que es inmutable, sino porque adquiría lo que no era, por amor al hombre, a fin de que lo incomprensible fuera comprendido. Se nos unió mediante la carne, que actuaba de velo, pues no es propio de la naturaleza creada y corruptible llevar la pureza de la naturaleza divina. Por tanto, se mezcló lo que no podía mezclarse. No sólo Dios con lo que tiene origen, la mente con la carne, lo que está por encima del tiempo con el tiempo, lo que no admite límite con lo mensurable, sino también el nacimiento con la virginidad, la deshonra con lo que excede a todo honor, lo impasible con lo sometido a toda suerte de sentimientos, lo inmortal con lo corruptible. Y el autor del mal que, tras engañarnos con el espejuelo de una naturaleza divina, se creía invencible, es engañado por la apariencia de carne, de manera que, creyendo atacar a Adán, tropezó con quien era Dios al mismo tiempo. Así el nuevo Adán salvaba al antiguo[82], así se rompía la atadura de la carne[83], así, la carne era condenada a muerte por la carne.

14. Yo, que presido esta celebración, y vosotros y cuanto está en el mundo y por encima del mundo hemos celebrado, según convenía, la Natividad de Cristo. Corrimos con la estrella, adoramos con los Magos[84], con los pastores fuimos iluminados, lo glorificamos junto con los ángeles[85], como Simeón lo tomamos en brazos, con

81. Cf. Sal 67, 34.
82. Cf. 1 Co 15, 45.
83. Cf. Rm 5, 16.18.
84. Cf. Mt 2, 11.
85. Cf. Lc. 2, 9 ss.

Ana, aquella anciana y casta mujer[86], lo alabamos. Gracias fueron dadas a quien vino a su patria como extranjero[87], pues así glorificó a quienes realmente éramos extranjeros. Mas ahora nos hallamos ante una nueva acción de Cristo y ante un nuevo misterio. No puedo sofocar mi entusiasmo. Me siento lleno de Dios. Poco falta para que anuncie el Evangelio como Juan[88], que si bien no soy yo el Precursor, vengo también del desierto[89]. Cristo es iluminado: comportémonos así nosotros. Cristo es bautizado: sumerjámonos también nosotros para que juntamente con Él salgamos del agua[90] Es bautizado Jesús. ¿Esto sólo? ¿O también es necesario considerar el resto de sus acciones? ¿Quién es el bautizado? ¿Por quién? ¿Cuándo? ¿Siendo puro es bautizado por Juan cuando da inicio a las señales divinas? ¿Qué hemos de aprender? ¿Cómo debemos instruirnos con este acontecimiento? Debemos purificarnos, ser humildes y anunciar su palabra en la madurez de la edad física y espiritual[91]. Aludo a quienes improvisan la administración del bautismo, no

86. Cf. Lc 2, 28-38.

87. Cf. Jn 1, 11.

88. Cf. Mt 3, 1 ss.

89. También San Gregorio, en efecto, antes de ser llamado a guiar la comunidad nicena de Constantinopla había pasado casi cinco años en la meditación y en el silencio del desierto, junto a Seleucia, en Siria.

90. Cf. Mt 3, 16.

91. La contraposición de la «edad física» y la «edad espiritual» representa un argumento muy difundido en el cristianismo antiguo, según el cual la madurez espiritual, del hombre interior, no se corresponde necesariamente con la madurez física, la del hombre exterior. Se solía interpretar con arreglo a esto, a algunos personajes del Antiguo Testamento, como Daniel, citado aquí un poco más adelante, Jacob u otros que, a pesar de su juventud, mostraban una madurez intelectual y, sobre todo, espiritual, desproporcionada con su aspecto físico externo.

la preparan, no procuran que, mediante la disposición para recibir la gracia, se logre la seguridad que otorga el bautismo. Pues si la gracia, que de gracia se trata, confiere el perdón de los pecados, urge prevenirse para no recaer en el antiguo vómito. En segundo lugar, me refiero a quienes se alzan contra quienes administran los misterios, en el caso de que se distingan por una especial dignidad. Por fin, aludo en tercer lugar a quienes presumen de su juventud y piensan que toda edad es buena para enseñar o para asumir un cargo presbiteral. Se purifica Jesús: ¿despreciarás tú la purificación? Es purificado por Juan: ¿te rebelarás tú contra quien te enseña el Evangelio? Tenía treinta años, ¿enseñarás a los ancianos tú, que aún eres imberbe? ¿Crees que para enseñar no se requiere el respeto que dispensan la edad y la forma de ser? Entonces acuden al caso de Daniel o al de cualquier otro juez joven, y tales ejemplos corren de boca en boca. En efecto, nunca falta justificación a quien quiere obrar injustamente. Mas la excepción no ha de ser hecha ley en la Iglesia. Una golondrina no hace primavera, ni un solo trazo hace al geómetra, ni una sola travesía al buen marino.

15. Juan bautiza y se le acerca Jesús, quizá para santificar al que bautiza, en cualquier caso, es evidente que para santificar a todo el antiguo Adán[92], sumergiéndolo consigo en el agua del bautismo. Pero antes que a éstos y por su causa, santifica al río Jordán. Como era espíritu y carne, comienza por el espíritu y el agua. Juan se resiste y Jesús le convence. «Soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por ti»[93], dice la luz al sol, la voz

92. Cf. 1 Co 15, 45.
93. Mt 3, 14.

al Logos[94], el amigo al esposo[95], el que está por encima de todos los nacidos de mujer[96], al Primogénito de toda criatura[97], el que saltó de alegría en el vientre de su madre al adorado cuando estaba aún en el seno materno[98], el Precursor que precedería[99] a quien se muestra y habrá de mostrarse. «Soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por ti»[100]. Y añade también: «en favor tuyo». Pues sabía que sería bautizado con el martirio o que, como Pedro, no lavaría sólo sus pies[101]. Y sigue: «¿y vienes tú a mí?». También esto es profético: sabía que, tras Herodes, enloquecería Pilatos[102] y de ese modo Cristo seguiría a aquel que ya antes había sido muerto. ¿Qué contesta Jesús? «Déjame ahora»[103], esto se ajusta a lo convenido. Conocía bien que, poco después, Él bautizaría al Bautista[104]. ¿Qué significa el bieldo?[105]. La purificación. ¿Y el fuego?[106]. La destrucción de lo mudable y el fervor del Espíritu. ¿Y el hacha?[107]. Que será arrancada el alma que permanezca estéril tras recibir el estiércol. ¿Qué sig-

94. Cf. Mt 3, 3.
95. Cf. Mt 9, 15.
96. Cf. Mt 11, 11.
97. Cf. Col 1, 15.
98. Cf. Lc 1, 41.
99. Cf. Lc 1, 17.
100. Mt 3, 14.
101. Cf. Jn 13, 6 ss.
102. Cf. Mt 27, 11.
103. Mt 3, 15.
104. Lo que equivale a decir que también Juan Bautista sería bautizado con el bautismo de Cristo, o sea, con el bautismo de sangre del martirio, porque fue asesinado por Herodes.
105. Cf. Mt 3, 12.
106. Cf. Mt 3, 10.
107. Cf. *ibíd.*

nifica la espada?[108]. El corte hecho por el Logos, la división establecida entre lo peor y lo mejor, la que separa al creyente del incrédulo, la que enfrenta al hijo, a la hija, a la esposa, con el padre, la madre, la suegra[109], la que distingue las cosas nuevas y recientes de las viejas y sombrías. ¿Qué significa la correa de la sandalia, esa que no osas desatar tú[110] que bautizas a Jesús, que vienes del desierto y no te alimentas, que eres el nuevo Elías[111], incluso superior al profeta[112], pues has visto al profetizado, tú, mediador del Antiguo y el Nuevo Testamento?[113]. ¿Qué significan todas estas cosas? Se trata, tal vez, de explicaciones sobre la venida de Cristo y su Encarnación, explicaciones cuya interpretación no es fácil, ni siquiera en lo fundamental y ello no sólo para cuantos son aún carnales e infantiles en Cristo, sino también para los que, como Juan, están ya en el Espíritu.

16. Sale Jesús del agua[114]. Consigo lleva levantado el mundo y ve cómo se abren los cielos que Adán se había cerrado a sí mismo y a cuantos de él descendieran, como había cerrado también el Paraíso con flameante espada[115]. El Espíritu da testimonio de la naturaleza divina de Jesús: acude a encontrarse con su igual. Y otro tanto la voz del cielo[116], pues de allí procedía Aquél de quien se da testimonio. El Espíritu se manifiesta corpo-

108. Cf. Mt 10, 34.
109. Cf. Mt 10, 35.
110. Cf. Mt 3, 11.
111. Cf. Mt 11, 14.
112. Cf. Mt 11, 9.
113. Cf. Lc 16, 16.
114. Cf. Mt 3, 16.
115. Cf. Gn 3, 24.
116. Cf. Mt 3, 17.

ralmente en forma de paloma[117], honrando así al cuerpo, honrado ya antes por Dios mediante la deificación. Por otra parte, ya desde antiguo la paloma estaba acostumbrada a anunciar el final del diluvio[118]. Claro que si tú estimas la naturaleza divina atendiendo al peso y al volumen, te ha de parecer insignificante el Espíritu, pues se presenta en forma de paloma. ¡Ah, mezquino para contemplar tales grandezas! Incluso cuentas con la posibilidad de despreciar el reino de los cielos, que es comparado con un grano de mostaza[119]. Y, por supuesto, advertirás que el enemigo aventaja en grandeza[120] a Jesús, porque aquel recibe los nombres de «monte alto»[121], «Leviatán»[122] y rey de lo que se halla en las aguas[123], mientras que Jesús es el cordero[124], la perla[125] la gota[126] y otros nombres semejantes.

17. Es decoroso que en la fiesta del bautismo del Señor nos aprestemos para sufrir un poco por Aquel que por nosotros asumió una cierta forma[127], fue bautizado y crucificado. ¡Ea! Consideremos las diversas maneras en que puede recibirse el bautismo, para que así nos vaya-

117. Cf. Mt 3, 16.
118. Cf Gn 8, 10.
119. Cf. Mt 13, 31.
120. Cf. Za 4, 7.
121. Cf Dn 2, 45.
122. Cf Jb 3, 8.
123. Referencia insegura.
124. Cf. Jn 1, 29.
125. Cf. Mt 13, 46.
126. Lo que San Gregorio presenta como una cita bíblica no ha sido identificado hasta ahora. Ni siquiera los editores maurinos han podido indicar el pasaje a que hace referencia San Gregorio.
127. O lo que es lo mismo, asumió una forma humana, mientras una forma, en cuanto limitación, no puede adaptarse a la naturaleza divina del Hijo.

mos de aquí purificados. Bautizó Moisés, pero en el agua[128]. Y antes aún, en la nube y en el mar[129]. Como nota San Pablo[130], esto era una figura: el mar era figura del agua del bautismo; la nube, del Espíritu; el maná, del pan de vida; la bebida, de la bebida divina. También Juan bautizó. Mas ya no lo hizo a la manera de los judíos, puesto que no bautizaba sólo con agua, sino además en función del arrepentimiento[131]. No obstante, no era todavía enteramente espiritual, pues no bautizaba en nombre del Espíritu Santo. Por último, bautiza Jesús y lo hace en el nombre del Espíritu[132]. Éste es el bautismo perfecto. Detengámonos un poco en este punto: ¿cómo es posible que no sea Dios Aquél gracias al cual llegas tú a ser dios?[133]. Aún conozco un cuarto tipo de bautismo: aquel que se obtiene por el testimonio y la sangre. Cristo también fue bautizado según este cuarto modo, que es mucho más venerable que los anteriores, porque no admite ser mancillado después con mancha alguna[134]. Por fin diré que hay todavía un quinto bautismo. Es el de las lágrimas[135]. Éste resulta en extremo penoso, pues riega cada noche con lágrimas el propio lecho

128. Cf. Ex 17, 6.
129. Cf. Ex 13, 21; 14, 22.
130. Cf. 1 Co 10, 1 ss.
131. Cf. Mt 3, 2.
132. Cf. Mt 28, 19.
133. Es la función que tiene el Espíritu Santo en la celebración del bautismo: vuelve al hombre perfecto como Dios, según la pneumatología enseñada sobre todo por San Basilio (cf. *De Spiritu Sancto*, 16, 38; 26, 61), que retoma el Nacianceno también en la *Homilía 33, 17* y *34, 12*. Y otro tanto San Gregorio de Nisa en su trabajo *Sobre el Espíritu Santo contra los macedonianos*.
134. Se trata del martirio, considerado desde los tiempos más antiguos como el «bautismo de sangre».
135. Esto es, la penitencia.

y el estrado [136]. Éste es propio de aquél cuyas llagas son fétidas [137], que camina llorando y entristecido [138] y reproduce el arrepentimiento de Manasés [139] y la humillación con que Nínive [140] alcanzó el perdón. Es el bautismo perteneciente a quien pronuncia en el templo las palabras del publicano, que es juzgado por contraposición con la arrogancia del fariseo [141]. El bautismo propio de quien, como la cananea, se ampara en la misericordia y suplica migajas, esto es, el alimento de un perro hambriento [142].

18. Por mi parte, yo reconozco que, como hombre que soy, soy un animal voluble y de frágil naturaleza. Acepto el bautismo de buen grado, venero a quien me lo ha concedido y procuro que los demás participen de él, mostrándome misericordioso para poder alcanzar misericordia. Pues me sé rodeado de debilidad y recuerdo que seré medido según midiere [143]. Mas, ¿qué dices, qué dispones tú, nuevo fariseo, puro de nombre, que no de comportamiento, que nos echas a la cara las doctrinas de Novato mas te dejas llevar también por sus debilidades? [144]. ¿No aceptas el arrepentimiento? ¿No das lugar a los lamentos? ¿No te mueven a llanto las lágrimas ajenas? ¡Que no topes con un juez como tú! ¿No respetas la mi-

136. Cf. Sal 6, 7.
137. Cf. Sal 37, 6.
138. Cf. Sal 37, 7.
139. Cf. 2 Cro 33, 13.
140. Cf. Jon 3, 5.
141. Cf. Lc 18, 13.
142. Cf. Mt 15, 22 ss.
143. Cf. Mt 7, 2.
144. Novato, hereje que vivió en Roma durante la segunda mitad del siglo III, fue condenado por su excesivo rigorismo y se convirtió enseguida en el símbolo de toda actitud excesivamente severa en la administración de la penitencia.

sericordia de Jesús, que soportó nuestras enfermedades[145], cargó con nuestros dolores y vino no por los justos, sino por los pecadores[146], para conducirlos a penitencia, que prefirió la misericordia al sacrificio[147] y manda perdonar los pecados hasta setenta veces siete?[148]. ¡Bendita arrogancia la tuya si es pureza y no vanidad, que pone preceptos que superan la capacidad humana y aniquila con la desesperación el deseo de enmienda! Son malas por igual una absolución imprudente y una condenación que no admita el arrepentimiento. La primera suelta las riendas por completo. La segunda ahoga con su violencia. Muéstrame tu pureza y aceptaré tu severidad. Mas mucho me temo que, estando tú lleno de heridas, no admitas la posibilidad de curación. ¿No aceptas el arrepentimiento de David, gracias al cual conservó la gracia que le había sido profetizada?[149]. ¿Rechazas al gran Pedro, que durante la Pasión del Salvador se dejó arrastrar por un sentimiento meramente humano?[150]. Le perdonó Jesús, sin embargo, y mediante tres preguntas y tres respuestas sanó su triple negación[151]. ¿No es acaso prueba de que le aceptó el que llegara a la perfección merced a su muerte en el martirio? También esto es propio de tu presunción. ¿Tampoco aceptarás a aquel que en Corinto transgredió la Ley?[152]. Mas Pablo con la enmienda de su vida ratificó su caridad. Y éste fue el motivo: «para que no se viera consumido por excesiva triste-

145. Cf. Is 53, 4.
146. Cf. Lc 5, 32.
147. Cf. Os 6, 6.
148. Cf. Mt 18, 22.
149. Cf. 2 S 12, 13.
150. Cf. Mt 26, 70.
151. Cf. Jn 21, 15.
152. Cf. 1 Co 5, 1 ss.

za»[153] si era castigado con excesivo rigor. ¿No toleras el matrimonio de las viudas jóvenes arguyendo que, por su edad, son fáciles de conquistar? Pablo sí osó hacerlo[154]. Claro que tú, sin duda, eres su maestro, pues has alcanzado el cuarto cielo, has visto otro paraíso y escuchado palabras secretas[155] y has rodeado tu evangelio con un gran círculo[156].

19. Mas tú podrías decir: «tales cosas no proceden después del bautismo». ¿En qué te basas? Pruébalo o no lo condenes. Si la cuestión es ambigua sea nuestra guía la misericordia. Según tú dices, Novato «no recibió a quienes habían cometido apostasía en el momento de la persecución»[157]. ¿Y qué? Actuó ciertamente con rectitud si los tales no se habían arrepentido. Tampoco yo acepto a quienes no se someten o no lo hacen dignamente o no compensan el mal con su enmienda. Cuando los acepto asigno a cada uno de ellos el puesto que le conviene[158]. Mas si Novato no admitió a quienes se consumían en llanto por su pecado, no seré yo quien le imite. ¿Por qué he de tomar como norma la crueldad de quien no condenaba la avaricia, que es una forma de idolatría, y sin embargo castigaba cruelmente la fornicación, como si él no fuera de carne y hueso? ¿Qué decís? ¿Os han convencido nuestras palabras? Poneos entonces junto a nosotros que

153. 2 Co 2, 7.
154. Cf. 1 Tm 5, 14.
155. Cf. 1 Co 7, 8.
156. Cf. 2 Co 12, 1 ss.
157. Durante la persecución de Decio (249-250 d. C.).
158. Parece poder deducirse de este ligero apunte que los penitentes tenían en la comunidad cristiana gobernada por San Gregorio de Nacianzo un lugar reservado a ellos. Para más detalles sobre este punto cf. H. Althaus, *Die Heilslehre des Gregors von Nazianz*, Münster 1972, p. 196.

somos hombres. Exaltemos todos juntos al Señor. Que ninguno de nosotros, por mucha confianza que tenga en sí mismo, ose decir: «nadie me toque, yo soy puro»[159], ni «¿quién como yo?». Hacednos partícipes de vuestro esplendor. ¿No os hemos persuadido? Lloraremos, entonces, por vosotros. Quienes lo deseen vengan por nuestro camino, que es el de Cristo. Quienes no, vayan por el suyo. Tal vez en el otro mundo sean bautizados con fuego, padeciendo el último bautismo, el más penoso y largo, el que devora la materia como pasto y consume la ligereza de todos los males.

20. Honremos hoy nosotros el bautismo de Cristo y celebrémoslo bien, no deleitándonos con el vientre sino alegrándonos espiritualmente. Mas, ¿cómo podremos deleitarnos? «Lavaos, sed puros»[160]. Si sois de color púrpura por el pecado o de un tono menos sanguinolento, volveos blancos como la nieve[161]. Mas si sois del color escarlata y casi perfectos en la sangre, alcanzad la blancura de la lana. En cualquier caso, purificaos y aumentad vuestra pureza, porque nada alegra a Dios tanto como la corrección y la salvación del hombre. En favor de él fue dada toda palabra y todo misterio, para que actuara como luz del mundo, como fuerza vivificadora para el resto de los hombres[162], para que colocados como luces perfectas junto a la gran luz, seáis iniciados en la luz que proviene del cielo, iluminados de una forma más pura y clara por la Trinidad, de quien recibís ahora el único resplandor de la única naturaleza divina en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

159. Is 65, 5.
160. Is 1, 16.
161. Cf. Is 1, 18.
162. Cf. Flp 2, 15.

HOMILÍA 40

1. Ayer celebramos el espléndido día de la luz. Era conveniente poner de manifiesto que la alegría que nos da nuestra salvación es mucho mayor que la que proporcionan a los que aman la carne las fiestas por un matrimonio, un nacimiento, una onomástica, una mayoría de edad, la inauguración de una casa nueva. Hoy, a su vez, nos entretendremos hablando sobre el bautismo y sobre el beneficio que nos procura. Nuestro discurso de ayer sobre este punto fue breve, porque apremiaba el tiempo y, además, porque no deseábamos extendernos, ya que la excesiva duración de un discurso es tan dañina para los oyentes como un exceso de comida para el cuerpo. Importa prestar atención a lo que se dice y escuchar la predicación de cosas tan importantes no de pasada, sino con gran empeño, ya que la iluminación consiste también en esto, en advertir la fuerza del misterio.

2. La Escritura conoce tres tipos de nacimientos: el que proviene del cuerpo, el del bautismo y el de la resurrección. De éstos, el primero está en relación con la noche, con la esclavitud y la pasión; el segundo, propio del día, de la libertad y de la destrucción de las pasiones, aparta, como si de un velo se tratara, todo lo adquirido desde el nacimiento y conduce a la vida suprema. El tercero es mucho más temible y breve. Reúne a todo el género humano en poco tiempo para que se coloque al lado del Creador y rinda cuentas de su servidumbre, de su comportamiento en la tierra, de si se ha dejado llevar sólo por la carne o si se ha alzado junto con el Espíritu y

ha agradecido el don de la Creación. Yo creo que Jesucristo enalteció cada uno de estos nacimientos. El primero por aquel soplo primero y vivificante[1]. El segundo por la Encarnación[2] y por el bautismo[3] con el que Él mismo fue bautizado. El tercero por la Resurrección[4], a la cual Él mismo dio comienzo: de la misma forma que fue el primogénito entre muchos hermanos[5], así también fue considerado digno de serlo entre los muertos[6].

3. No es éste, sin embargo, el momento adecuado para hablar sobre dos de estos tres tipos de nacimiento, el primero y el último. Es menester que meditemos acerca del que está en medio, el que recibe el nombre de Día de la Luz[7].

El bautismo es esplendor de las almas, transformación de la vida, pregunta hecha a Dios por nuestra conciencia. El bautismo es ayuda a nuestra fragilidad. El bautismo es abandono de la carne, compañía del Espíritu, unión al Logos, restauración de la naturaleza humana, cataclismo del pecado, participación de la luz y destrucción de la tiniebla. El bautismo es vehículo que conduce a Dios, peregrinación junto a Cristo[8], apoyo de la fe,

1. Esto es, cuando Dios sopló en el compuesto terreno que constituía el cuerpo humano su propio hálito, para hacer del hombre un ser viviente. Cf. Gn 2, 7.
2. Cf. Lc 2, 7.
3. Cf. Lc 3, 21.
4. Cf. Lc 24, 1 ss.
5. Cf. Rm 8, 29.
6. Cf. Col 1, 18.
7. En la fiesta de las Luces, como ya se ha dicho en la Introducción, se celebraban simultáneamente la Epifanía (cf. *Homilía 39*) y el bautismo de Cristo, al cual está dedicada esta *Homilía*.
8. En cuanto el bautismo nos arranca al dominio del adversario y nos introduce en el Reino de Dios.

perfección de la mente, llave del Reino de los cielos, cambio de vida, destrucción de la esclavitud, liberación de las ataduras, mudanza en nuestra composición. En fin, ¿a qué hacer más enumeraciones? El bautismo[9] es el más bello y el mayor de los dones de Dios. A la manera como determinadas cosas, en atención a la amplitud de su significado y a su importancia, pueden ser llamadas «santo entre los santos» o «cantar de los cantares», así también el bautismo es la más santa entre todas las iluminaciones que existen entre nosotros.

4. Como Cristo, dador de este don, es nombrado con muchos y diferentes apelativos, así también el don por Él concedido recibe multitud de denominaciones diversas, ya sea por la alegría que experimentamos cuando se nos concede, pues los que aman algo apasionadamente se recrean en nombrar el objeto de su amor, ya sea porque la variedad de sus beneficios nos mueve a emplear muchos nombres distintos para designarlo. Lo llamamos don, gracia, bautismo, unción, iluminación, vestidura de incorrupción, baño de regeneración, sello, cuanto de precioso hay. Don, porque se otorga a quienes nada habían; gracia, porque se da a los deudores; bautismo, porque el pecado es sumergido en el agua a la par que nosotros; unción, porque es sagrado y real, que tales eran las dignidades que requerían la unción; iluminación, porque es esplendor; vestidura, porque vela nuestra vergüenza; baño, porque purifica; sello porque significa y conserva el poder. Por él los ciegos se alegran junto a nosotros, los ángeles lo glorifican porque su esplendor es semejante al de ellos e imagen de la felicidad de lo alto. Deseamos exal-

9. En todo este pasaje San Gregorio ha empleado el término «iluminación» que designaba normalmente al bautismo, según una simbología difundida entre el cristianismo antiguo.

tarlo con himnos, mas no podemos hacerlo con la dignidad requerida.

5. Dios es la luz suprema, inalcanzable e inefable. No se puede comprender con la mente ni expresarse con palabras. Es la luz que ilumina toda naturaleza racional[10]. Dios es entre las naturalezas inteligentes lo que el sol entre las sensibles. Se nos muestra en proporción a nuestra purificación; lo amamos en proporción a nuestra contemplación; lo comprende nuestra mente en la medida en que lo hayamos amado; Él mismo se contempla y se comprende, difundiéndose muy escasamente entre lo que queda fuera de Él. Mas cuando hablo de la luz, hablo de la que se contempla en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, cuya riqueza consiste en su única naturaleza y en el estallido único de su resplandor. La segunda luz es el ángel, que es emanación o participación de la luz primera. Posee su propia luz, por su sumisión y servicio a Dios. No sé si se difunde la luz según el orden de su colocación o si, por el contrario, cada ángel es colocado en un lugar conforme a su luminosidad. Por fin, la tercera luz es el hombre, como resulta evidente también a quienes no son cristianos. Éstos llaman luz al hombre[11] con arreglo a la fuerza de su razón. Para nosotros, reciben el nombre de luz sobre todo aquellos hombres que más se parecen a Dios y se le acercan más. Y aún cabe hablar de otra luz: la que dispersó las tinieblas primitivas, la luz anterior a la creación visible, el movimiento

10. La terminología de la luz tiene aquí una eficacísima aplicación.

11. En la lengua homérica, que San Gregorio había estudiado como todos los griegos cultos de su tiempo, y en la lengua poética de carácter más elevado, el término *phós, photós* (gen.) designaba al hombre. Era habitual relacionarlo con el término *phôs, phôtós* que significaba luz. Esta derivación seudoetimológica se lee también en Clemente de Alejandría, *Paedag.*, I, 6, 28, 2.

rotatorio de las estrellas y aquel supremo esplendor que ilumina todo el mundo[12].

6. Luz era también la orden primera dada al primer hombre[13], ya que «lámpara y luz es la ley»[14] y «luz son tus mandatos sobre la tierra»[15]. Mas después, las tinieblas envidiosas la convirtieron en mal. Para quienes la seguían, luz ejemplar y oportuna era la ley escrita, que esbozaba la verdad y el misterio de la gran luz, si es verdad que el rostro de Moisés fue glorificado por ellas[16]. Por ilustrar más nuestras palabras diremos que luz era lo que apareció a Moisés en llama de fuego, cuando ardía la zarza sin consumirse[17] revelando así su naturaleza y su fuerza. Luz lo que guió a Israel en la columna de fuego y mitigó el rigor del desierto[18]. Luz lo que arrebató a Elías en un carro de fuego, que no abrasaba al raptado[19]. Luz lo que alumbró a los pastores[20] cuando la luz que está fuera del tiempo se mezcló con la que es temporal. Luz la hermosura de la estrella que precedía el camino de Belén[21], para conducir a los Magos y revelarles a la luz que estaba sobre nosotros y habitó a nuestro lado. Luz la naturaleza divina mostrada en el monte a los discípulos, que no pudieron resistir su esplendor[22]. Luz la visión que rodeó a Pablo que por aquel resplandor en

12. Cf. Gn 1, 17.
13. Cf. Gn 2, 16-17.
14. Cf. Sal 118, 105.
15. Cf. Pr 6, 23.
16. Cf. Ex 34, 29.
17. Cf. Ex 3, 2.
18. Cf. Ex 13, 21.
19. Cf. 2 R 2, 11.
20. Cf. Lc 2, 9.
21. Cf. Mt 2, 9.
22. Cf. Mt 17, 1 ss.

sus ojos quedó curado de las tinieblas del alma[23]. Luz es también el esplendor que, cuando los justos resplandezcan como el sol[24] y Dios se siente en medio de dioses[25] y reyes para determinar y juzgar quiénes y qué cosas son dignos de la felicidad de lo alto, sobrevendrá desde el cielo a quienes se hayan purificado aquí en la tierra. Además de todo esto y de manera muy particular, luz es la iluminación del bautismo de que ahora tratamos, que comprende el grande y admirable misterio de nuestra salvación.

7. No cometer pecado es exclusivo de Dios, de la naturaleza primera y sin composición[26], pues la simplicidad es pacífica y no conoce sediciones ni revueltas. Me atrevería a decir que es conforme también a la naturaleza angélica, o al menos que le conviene, dada su proximidad a Dios. Por el contrario, propio es el pecar de la humana condición y de su composición terrena, pues la composición es el principio de separación. No estimó conveniente el Señor abandonar sin ayuda a lo que Él había creado, ni mirar con desdén cómo corría peligro de apartarse de Él[27]. Así, igual que nos creó antes de que existiéramos, cuando ya nos había dado la existencia nos creó con una forma más divina y sublime que la primera. Ella es, por una parte, señal para quienes comienzan y por

23. Cf. Hch 9, 3.
24. Cf. Sb 3, 7.
25. Cf. Sal 82, 1 y 6
26. Según la enseñanza del neoplatonismo, (asumida aquí por San Gregorio y que puede encontrarse igualmente en San Gregorio de Nisa, cf. *El alma y la resurrección*, la naturaleza divina es simple, o sea, no compuesta de partes, que implicarían la necesidad de postular en Dios la existencia de algo distinto a Dios mismo.
27. Se hace referencia de nuevo a la interpretación de la historia de la humanidad y de su caída, dominadas por la visión providencial de Dios.

otra, para los avanzados en edad y gracia, es enmienda de la imagen que ha cometido un error a causa del mal[28]. Y ello al objeto de que no llegáramos a ser peores por la desesperación dejándonos caer de nuevo hacia el mal, hasta precipitarnos finalmente por completo fuera del bien arrastrados por la desesperación, despeñándonos en un abismo de males, tal y como se dice en la Escritura. Mas a la manera como quienes recorren un largo camino reposan de la fatiga en alguna posada, así nosotros debemos continuar nuestro peregrinaje frescos y de buena gana. Esto es la fuerza y la gracia que el bautismo trae consigo, no un diluvio como antaño, sino la purificación de nuestro pecado y la completa purgación de las ataduras y mancillas que, a causa del mal, se nos adhieren.

8. Como quiera que estamos constituidos de dos partes, de alma y cuerpo, de una naturaleza visible y de otra invisible, doble ha de ser también nuestra purificación, esto es, con agua y con Espíritu[29]. La primera debe recibirse de modo visible y corpóreo, la segunda de modo incorpóreo e invisible. La primera es tipo[30] de la

28. El bautismo, en efecto, es purificación de los pecados cometidos. Recuérdese que todavía en tiempos de San Gregorio era costumbre, costumbre que el propio San Gregorio intenta limitar, bautizarse sólo a edad adulta e incluso avanzada. En cambio, para quienes están al comienzo de su vida, y, por consiguiente, probablemente no han cometido pecado, el bautismo es un «sello», signo de pertenencia a Cristo.

29. Cf. Jn 3, 5.

30. Término técnico de la exégesis cristiana antigua. El *Typos* era un acontecimiento, un hecho, una cosa concreta que «prefiguraba» otro acontecimiento, otro hecho, otra cosa, igualmente concreta, pero dotada de un significado más profundo y mayor. El paso de los hebreos a través del mar Rojo era tipo del bautismo. La piedra que suministraba milagrosamente a los hebreos el agua en el desierto, era tipo de Cristo (cf. 1 Co 10, 1-4). Así, el agua del bautismo tiene un significado típico por cuanto es, como el agua del mar Rojo, prefiguración de la purificación espiritual del cristiano.

segunda, real y purificadora de las entrañas. El Espíritu actúa como remedio del primer nacimiento, sustituye lo antiguo por lo nuevo, lo que ahora somos por semejanza con Dios. Revivifica sin necesidad de fuego y reconstruye sin previa destrucción. Por resumirlo en pocas palabras, diremos que la eficacia del bautismo consiste en pactar con Dios una segunda vida, una conducta más recta. Ha de temerse mucho y guardar su alma cada uno con sumo cuidado para evitar que nos comportemos como farsantes en este convenio. Pues si Dios confirma su pacto con los hombres ofreciéndose Él mismo como prenda, ¿cuán grande no sería el delito de ser hallado transgresor del acuerdo que hemos firmado con Dios y responsable de esta falacia, además de culpable del resto de los pecados? Y ello sin una segunda regeneración, reconstrucción o restablecimiento en el antiguo estado, aunque la busquemos con muchos suspiros y lágrimas que sólo con gran dificultad nos lograrán una completa cicatrización. Es verdad que yo creo que la cicatrización tiene lugar y me alegraría muchísimo que consiguiéramos incluso borrar las cicatrices, pues también yo estoy necesitado de misericordia[31]. Mas lo mejor es no tener que recurrir a una segunda purificación y mantenerse en la primera[32]. Ésta es igual para todos y no resulta penosa. Es igual para esclavos y señores, para pobres y para ricos, para los humildes y para los grandes, para los del noble linaje y para los del común, para los deudores y para los que no lo son[33].

31. Referencia a la penitencia que San Gregorio concede a quien se arrepiente y que espera obtener él mismo, en cuanto pecador. Cf. lo leído en la Homilía 39, núms. 16-19.

32. Mejor gozar de la purificación del bautismo, que es más asequible, que no de la penitencia, más penosa.

33. De esta referencia a la realidad social de Constantinopla extraemos una noticia sobre el empobrecimiento de las clases más débiles, en época de graves desequilibrios sociales.

En esto se asemeja al soplo del aire, a la luz, a las transformaciones de la edad y a la contemplación de la creación, o sea, a todos los grandes deleites que nos son comunes a todos, y, proporcionalmente, también a la fe.

9. Necio es procurarse una curación penosa cuando se dispone de otra fácil y desechando la gracia de la piedad, hacerse deudor de un castigo y buscar una reparación proporcionada al pecado. ¿Cuantas lágrimas será preciso derramar para que igualen a la fuente que es el bautismo? ¿Quién nos garantiza que el fin de nuestra vida esperará a que estemos curados y que no nos llegará el juicio cuando seamos aún deudores necesitados del fuego de allá? Tú que eres un buen agricultor, suplicarás al Señor que tenga compasión de la higuera y que no la arranque todavía aunque se le reproche ser estéril, sino que permita abonarla otra vez[34], esto es, que acepte las lágrimas, los suspiros, las invocaciones, el dormir sobre el suelo, las vigilias, la consumición del alma y del cuerpo, la enmienda de la confesión y de una vida más honesta. Y aún así seguiremos sin saber si el Señor tendrá compasión del árbol que ociosamente ocupa su lugar y ello cuando otro, necesitado de misericordia, empeora por culpa de la paciencia derrochada con aquel. Seamos sepultados juntamente con Cristo por medio del bautismo para que también resucitemos con Él[35]. Descendamos con Él para que junto a Él ascendamos. Subamos con Él para que con Él seamos glorificados.

10. Si te atacare después del bautismo aquel que persiguió y tentó a la misma luz[36], y sin duda te acosará, pues asedió incluso al Logos, a mi Dios, a lo que de

34. Cf. Lc 13, 8.
35. Cf. Rm 6, 4.
36. Cf. Mt 4, 2 ss.

la Luz oculta se mostraba[37], tú cuentas con el remedio para vencerlo. No temas la contienda. Opónle el agua, el Espíritu[38] que apagará los dardos encendidos del maligno[39]. Es Espíritu, pero funde los montes. Es agua que apaga el fuego. Si te presenta la pobreza, que hasta eso osó, y pide que las piedras se conviertan en pan poniendo ante tus ojos el hambre[40], no ignores lo que se propone. Argúyele con lo que no ha podido aprender. Pon ante él la palabra que da vida, que es el pan bajado del cielo que da la vida al mundo[41]. Si te tienta con la vanagloria, pues también recurrió a ella conduciéndolo sobre el pináculo del templo y diciéndole «arrójate» para que revelara así su naturaleza divina[42], no permitas que el orgullo te haga caer. Si lo consiguiera, no se detendría ahí. Es insaciable, todo lo ambiciona. Halaga con suavidad, mas luego emplea malevolencia. Esa es su forma de combatir. Y el ladrón es también conocedor de la Escritura. De allí saca el «escrito está» acerca del pan. De allí el «escrito está» sobre los ángeles. «Escrito está», dice[43], «que encargará a sus ángeles que te alcen sobre sus manos». ¡Oh hábil maestro del mal! ¿Por qué te callaste lo que sigue? Aunque lo silencias me lo sé muy bien: «yo haré que pises sobre el áspid y el basilisco, que pisotees serpientes y escorpiones»[44], porque estás defendido por

37. Esto es, a través de la carne humana. De nuevo otra referencia al «engaño» de Cristo, que se escondió bajo la envoltura de la carne humana para desconcertar al demonio que quería apoderarse de Él. Cf. *Homilía*, 39, 1 y 14.

38. El Espíritu que está presente en el bautismo. Cf. Jn 3, 5.

39. Cf. Ef 6, 16.

40. Cf. Mt 4, 3.

41. Cf. Jn 6, 33.

42. Cf. Mt 4, 6.

43. Cf. Sal 90, 11.

44. Cf. Sal 91, 13.

la Trinidad. Si te tentare con la avaricia, ofreciéndote en un momento y de una sola mirada todos los reinos, como si fueran tuyos, pidiéndote que a cambio le adores, despréciale por indigente. Di, confiado en el sello[45]: «yo soy imagen de Dios, no se me ha dejado al margen de la gloria divina como por tu orgullo sucedió contigo. Yo me he revestido de Cristo[46], me he transformado en Cristo por el bautismo: adórame». Se alejará, bien lo sé, vencido y avergonzado a causa de estas palabras, propias de Cristo, Luz primera, y de quienes por Él están iluminados. Tales cosas concede el bautismo a quienes lo han comprendido. Éste es el banquete oportunamente ofrecido a los hambrientos.

11. Seamos, por tanto, bautizados para obtener la victoria. Tomemos parte en las aguas purificadas, más aptas para limpiar que el hisopo, más puras que la sangre legal, más sagradas que las cenizas de ternera[47], purificadoras de lo corrompido con una purgación sólo momentánea y corporal, pero incapaces de la completa aniquilación del pecado. De lo contrario, ¿qué razón habría para que fuesen de nuevo purificados quienes habían recibido ya una purificación? Aceptemos hoy ser bautizados para evitar que mañana nos veamos obligados a hacerlo. No aplacemos el beneficio, como si de una injuria se tratara. No aguardemos a ser peores para conseguir mayor perdón[48]. No hagamos de Cristo objeto de negocios y ga-

45. Sobre este término empleado para designar el bautismo, cf. nota 28.

46. Cf. Ga 3, 27.

47. Esto es, los ritos de purificación minuciosamente prescritos por la Ley. Cf. Hb 9, 13.

48. O sea, esperar a los últimos años de la vida antes de recibir el bautismo, significa gravarse todavía más los pecados y tener necesidad de una mayor gracia por parte de Dios.

nancias. No carguemos más de lo que podemos soportar, no sea que se nos hunda nuestra nave y perdamos toda la gracia, quedando privados de todo por haber deseado más de lo que era decoroso. Corre hacia el don mientras aún seas señor de tus pensamientos, cuando aún no estés enfermo de cuerpo y de mente, mientras no te consideren tal quienes te rodean[49]. En efecto, mientras tu bien no dependa de otros, tú eres su dueño. Mientras tu lengua no vacile o esté seca o, por no decir más, cuando aún no esté impedida para pronunciar las palabras de este misterio. En tanto que puedas ser fiel, no cuando se sospeche que no lo eres, sino cuando seas conocido como tal. No cuando suscites compasión, sino mientras eres tenido por feliz. Cuando para ti sea evidente el don y no ambiguo. Cuando la gracia llegue hasta tus entrañas, no cuando estén a punto de lavar tu cuerpo con el agua fúnebre. Cuando todavía te rodeen las lágrimas, indicio de tu partida, reprimidas quizá por deferencia hacia ti, mientras tu esposa e hijos tratan de apartar la muerte y buscan tus últimas palabras. Cuando no haya a tu lado un médico inexperto tratando de alargar tus horas sin ser dueño de ellas y con un movimiento de cabeza sopese tu salvación y medite sobre tu enfermedad después de tu muerte o aumente su salario por las salidas o insinúe la ausencia de esperanza. Mientras no disputen a tu cabecera el que bautiza y el que pretende un lucro, intentando el primero darte el viático y el segundo ser designado heredero. Ninguna de tales situaciones es adecuada al momento.

49. Era costumbre postergar el bautismo hasta los últimos momentos de la vida, permaneciendo hasta entonces como simple catecúmenos, precisamente por una equivocada interpretación del significado del bautismo como purificación de todas las culpas cometidas en el pasado.

12. ¿Por qué confías como bienhechor en la fiebre y no en Dios? ¿Por qué te guías por la ocasión y no por lo que es razonable? ¿Por qué atiendes al amigo insidioso y no al deseo que salva? ¿Por qué no aprovechas la ocasión propicia en vez de hacer las cosas a la fuerza? ¿Por qué no actúas sin embarazo y dejas este asunto para cuando te resulte arduo? ¿Por qué te es necesario pensar en tu muerte con ocasión de la de otro y no reflexionas sobre ella como si estuviera ya presente? ¿Por qué buscar remedios que no servirán para nada? ¿Por qué esperas al sudor del momento crucial, cuando la muerte es ya inminente? Cúrate antes de que sea necesario, apiádate de ti, único médico de tu enfermedad. Procúrate la medicina que da realmente la salvación. Teme al naufragio mientras navegas con vientos favorables y estarás menos expuesto a naufragar porque el viento te prestará ayuda. Sea el don celebrado, no llorado. Sea cultivado el talento, que no escondido en tierra[50]. Medie cierto tiempo entre la gracia y la muerte para que no sólo sean borradas las malas palabras, sino que dé tiempo a escribir encima las buenas. Para que no sólo tengas la gracia, sino también la gratificación. Para que no sólo huyas del fuego, sino que te hagas también heredero de la gloria. Al don se debe el cultivarla. Huir del sufrimiento parece grande a los de alma mezquina. Para los de nobles sentimientos, sólo es grande lograr el premio.

13. Conozco tres clases de personas que se salvan: los esclavos, los mercenarios y los hijos. Si eres esclavo, teme los golpes. Si mercenario, mira sólo por tu interés. Si, en cambio, eres hijo y superior a otros, respeta a quien es padre. Cultiva el bien porque es bueno obedecer al padre. Aunque nada obtuvieres, ésta será precisamente

50. Cf. Mt 25, 14-30.

la recompensa: complacer a tu padre. ¡Ojalá no despreciemos estas cosas! Así como es absurdo preocuparse de la riqueza antes que de la salud, purificar el cuerpo y descuidar la purificación del alma, buscar la libertad de la esclavitud terrenal y no aspirar a la del mundo superior, así también lo es poner empeño por tener una casa suntuosa o por vestirse con lujo y no preocuparse de ser uno mismo. Si el bien fuera venal, no escatimarías riqueza alguna para comprarlo. Mas cuando la misericordia está a tu disposición, desprecias la caridad que tan a mano te queda. Todo momento es apto para tu baño, como también lo es para la muerte. Te grito con Pablo[51], es decir, con voz poderosa: «Aquí está, ahora, el momento propicio. Éste es el día de la salvación». Él no define «ahora» como un momento concreto, sino que lo aplica a todos los momentos. Y luego: «despierta tú que duermes[52] y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo», disolviendo la noche del pecado. Porque en la noche mala es la esperanza, como afirma Isaías[53] y al rayar el alba es más útil ser apresado.

14. Siembra cuando sea el momento oportuno y cosecha y llena tus graneros cuando llegue el tiempo propicio para ello. Planta en la estación adecuada y vendimia el racimo de uvas cuando esté maduro. Hazte a la mar confiado en la primavera y una vez llegado el invierno y embravecido el mar saca tu nave a tierra. Ten momento para la guerra, para la paz, para el matrimonio, para las cosas fuera del matrimonio, para la amistad, para la discordia si es que te ves movido a ella, y para cualquier

51. 2 Co 6, 2.
52. Cf. Ef 5, 14.
53. Cf. Is 38, 13.

otra circunstancia, según recomienda Salomón[54]. Ha de acatarse su consejo, ya que es útil. Procúrate la salvación y considera cualquier oportunidad como apta para el bautismo. Si nunca prestas atención al hoy y acechas el mañana, te pasará inadvertido que el maligno, según es en él costumbre, te engaña cada poco tiempo. «Dame a mí el presente y el futuro a Dios. A mí la juventud, a Dios la vejez. A mí los placeres, a Él la inutilidad». ¡Cuán grande es el peligro que te rodea! ¡Cuán grandes las desgracias! ¡Mayores de lo que piensas! Fuiste víctima de la guerra, te sepultó un terremoto, te tragó el mar, te devoró una fiera, te consume una enfermedad o, tal vez algo diminuto: se te ha atragantado una migaja de pan. ¡Qué hay más fácil que hacer morir a un hombre, por muy orgulloso que esté de ser imagen de Dios! Tal vez acabó contigo una fiesta inmoderada, o te derribó el viento, o quizás una medicina que en vez de saludable resultó dañina, o un juicio inhumano, o un verdugo inexorable, o, en fin, cualquiera de las cosas que produce una muerte súbita y más poderosa que el socorro con que se acude a remediarla.

15. Mas, si te previenes con el sello y aseguras tu futuro con la más sólida y bella de las ayudas, marcado en alma y cuerpo con Espíritu y ungüento al igual que antaño hiciera Israel durante la noche con la sangre que protegía a los primogénitos[55], ¿qué podrá sucederte? ¿Qué es lo dispuesto para ti? Escucha los Proverbios[56]: «si te acostares», dice, «no sentirás temor. Te acostarás y dormirás un dulce sueño». Recibe de David la buena

54. Cf. Qo 3, 1 ss.
55. Cf. Ex 12, 22 ss.
56. Pr 3, 24.

nueva[57]: «no temerás al terror de la noche, ni a la desgracia y el demonio del mediodía». Para ti, que aún estás en la vida, es esto importantísimo a fin de obtener seguridad. Pues difícilmente puede alguien adueñarse de un ganado marcado, en tanto que el que no lo está resulta asequible a los ladrones. Y una vez muerto, tu entierro te será favorable, más brillante que el vestido, más precioso que el oro, mayor que la sepultura, más piadoso que estériles libaciones, más adecuado que las primicias de frutos en sazón que los muertos ofrecen a sus muertos[58] haciendo la costumbre ley. Piérdase todo para ti, todo se te arrebate: riquezas, propiedades, tronos, honores, todo cuanto pertenece al tumulto de este mundo. Atiende tú, sin embargo, a que tu vida termine con seguridad sin quedar privado de ninguna de las ayudas dispuestas para nuestra salvación.

16. ¿Temes acaso la gracia y demoras la purificación por no corromperla[59], con temor de no disponer de otra? ¿Qué, pues? ¿No te inspira mayor temor correr peligro en la persecución y verte privado de lo más importante que posees, que es Cristo? ¿Por tal motivo huyes de ser cristiano? ¡Recházalo! Tal miedo no es propio de una persona sana, es razonamiento de demente. ¡O imprudente precaución, si es menester decirlo! ¡Ah, mañas del maligno! ¡Es oscuridad y cómo finge! Si no puede vencer en enfrentamientos abiertos conspira en la oscuridad. Se presenta como consejero, como si fuera bueno, procurando que de ningún modo podamos escapar a su acoso. Esto es, sin duda alguna, lo que trama también en este caso. Pues no pudiendo persuadir manifiestamente a

57. Cf. Sal 90, 5.

58. Cf. Mt 8, 22.

59. El retraso en recibir el bautismo puede ser debido al temor a perder la gracia que el bautismo confiere, al volver a pecar de nuevo.

despreciar el bautismo, desea causar daño mediante una falsa seguridad para que tu propio temor te haga olvidar lo que temes: temeroso de destruir el don, por tal motivo precisamente, te privas de disfrutarlo. Falso es el maligno y jamás dejará de serlo hasta que no compruebe que nos apresuramos hacia el cielo del que él fue arrojado[60]. Mas tú, varón de Dios, descubre la estrategia del enemigo y entabla combate contra él por defender lo que verdaderamente importa[61]. Mientras seas catecúmeno, estarás a la puerta de la religión cristiana[62]. Es preciso que estés dentro, que traspases el umbral, que examines las cosas santas de los santos y que habites con la Trinidad. Grandes son las cosas por las que luchas. Has menester de una gran seguridad. Defiéndete con el escudo de la fe. Se atemorizará en tu presencia cuando emplees tales armas. Por eso quiere despojarte de la gracia, para una vez desarmado y sin amparo, dominarte con facilidad. Busca adueñarse de cada edad, de cada forma de vida por un medio distinto. Recházalo recurriendo a todos los procedimientos.

17. ¿Eres joven? Levántate contra las pasiones con la ayuda de Dios, sé contado entre los de su ejército, compórtate ante Goliat como el más valiente, vence a

60. Cf. Lc 10, 18.

61. El texto está corrompido. Lo hemos traducido siguiendo una conjetura de los editores maurinos.

62. La condición de catecúmeno era la correspondiente al cristiano que estaba a la espera del bautismo. En época paleocristiana el catecumenado tenía la función precisa de preparar para el bautismo al recién convertido. En el siglo IV, cuando la población era ya cristiana, al menos de nombre, la condición de catecúmeno era aquella en que se encontraba quien esperaba el bautismo. Pero las situaciones eran intrínsecamente distintas, pues la espera del catecúmeno en el siglo IV no era tan exigente, como la de la época preconstantiniana.

mil o a diez mil. Disfruta así de la flor de la vida sin permitir que tu juventud se marchite, muerta por tener una fe imperfecta. ¿Eres anciano y estás próximo al fatal desenlace? Respeta tus canas. Muestra la sensatez que se te pide en lugar de la debilidad que ahora exhibes. Ayuda a la escasez de tus días, cree en la purificación de la ancianidad. ¿Por qué estando en lo profundo de la vejez y en los últimos alientos temes las cosas de la juventud? ¿Esperas acaso que tú, más odiado que compadecido, serás bañado una vez muerto? ¿O es que, siendo tú mismo un residuo de vida, amas aún los residuos de los placeres? Es vergonzoso que se haya marchitado tu juventud y, en cambio, demores tu purificación, o lo aparentes al menos, porque no se ha marchitado igualmente el libertinaje. ¿Eres niño? Que no se aproveche el mal de esa circunstancia. Sé consagrado siendo aún feto, dedicado al Espíritu mientras eres diminuto. Tú, temeroso del sello por la debilidad de la naturaleza humana, eres una madre mezquina y con poca fe. Ana, al contrario, antes de que Samuel naciera prometió a Dios que, una vez nacido, lo consagraría al instante y lo criaría con las vestiduras sacerdotales[63]. Ella no temía la naturaleza humana porque tenía fe en Dios. No necesitas amuletos ni encantamientos. Por ellos entra el maligno en los hombres imprudentes y toma para sí la veneración a Dios debida. Entrégate tú en persona a la Trinidad, amuleto poderoso y lleno de hermosura.

18. ¿Qué, pues? ¿Eres virgen consagrada? Sella tu virginidad con la purificación. Haz de ella la compañera de tu vida, tu amiga. Que ella te dirija, que disponga ordenadamente tus actos, tus palabras, tu cuerpo entero, cada uno de sus movimientos y sentidos. Hónrala para que

63. Cf. 1 S 1, 11 ss.

te adorne, para que corone tu cabeza con una diadema de gracias[64] y te custodie con una corona de alegría. ¿Estás sujeto por el vínculo del matrimonio? Únete al sello: haz que conviva contigo como guardián prudente. ¿Cuántos eunucos y vigilantes calculas que serían necesarios para ofrecerte una protección segura como la que éste te brinda? ¿Estás muy íntimamente unido a la carne? No temas la perfección. Tú eres puro también después del matrimonio. Mío es el riesgo, yo soy el testigo. Si bien la virginidad es un tesoro precioso, no por ello el matrimonio ha de contarse entre las cosas deshonrosas[65]. Imito a Cristo, esposo purísimo y comensal en unas bodas, que hace milagros en unos esponsales y dignifica a los esposos con su presencia[66]. Sea el matrimonio puro y sin mezcla de malos deseos. Sólo te pido una cosa: ampárate en la seguridad del don y ofrécele la castidad que es decorosa. De común acuerdo[67] fijad un plazo para la oración que es la más valiosa de todas la ocupaciones. No estoy ahora promulgando leyes, sino aconsejando y si deseo ligar algunos de tus derechos, es por tu bien y por vuestra seguridad[68]. Diré, en fin, que no existe vida ni tarea, para las cuales el bautismo no sea provechoso

64. Cf. Si 32, 2.

65. Es la actitud común del cristianismo en la Edad Antigua, al menos del ortodoxo, que evitaba los excesos rigoristas de ciertas sectas heréticas. Como puede verse, acentuaba la actitud tomada por San Pablo en 1 Co 7.

66. Cf. Jn 2, 1 ss.

67. Cf. 1 Co 7, 5.

68. Si hemos entendido bien este pasaje, esto significa que, dado el carácter de la cuestión afrontada (las relaciones matrimoniales) el escritor se desenvuelve entre alusiones, San Gregorio admite revocar algunos de los derechos de los esposos, aconsejándoles la continencia y se excusa poniendo por delante que lo hace por su propio bien.

en extremo. Si eres libre, recibe un freno. Si esclavo, la equiparación en la estima. Si estás abatido, recibe ánimos. Si despreocupado, la disciplina. Si eres pobre, recibe una riqueza que no se te arrebatará. Si rico, la buena administración de tus posesiones. No conspires hábilmente contra tu propia salvación, no emplees astucias contra ella. Aunque engañáramos a los demás, no podríamos engañarnos a nosotros mismos. Arriesgado es e insensato jugar con la propia salvación.

19. ¿Vives, acaso, de una actividad pública? ¿Te manchas con el cuidado de la cosa pública y corres el riesgo de malbaratar la benevolencia divina? Simple es mi consejo. Si te es posible, evita el foro y toda su bella cohorte, ceñido con alas de águila, o de paloma, por mejor decir. Pues, ¿qué tienes que ver tú con el César ni con lo que es el César?[69]. Huye y no descanses hasta que encuentres un lugar donde no haya pecado, ni exista la culebra que muerde en el camino para impedirte enderezar tus pasos hacia Dios. Aparta tu alma del mundo. Abandona Sodoma, huye del incendio. Camina sin volver atrás la vista, no sea que quedes convertido en estatua de sal. Escapa al monte, para no ser arrebatado ni quedar atras[70]. Mas si ya estabas entregado a los deberes públicos y estás ligado por ellos, habla de eso contigo mismo. O mejor, seré yo quien hable contigo. Lo óptimo es conservar los bienes propios y la purificación. No obstante, si ello no es posible, vale más contaminarse un poco con los afanes públicos, que verse por completo privado de la gracia. Al igual que, según yo, es mejor recibir reproches del padre o del señor, que ser rechazado por él, y es mejor recibir una iluminación pequeña que permanecer en

69. Cf. Lc 20, 20 ss.
70. Cf. Gn 19, 18-26.

la más completa oscuridad[71]. Mas, con todo, propio es de los prudentes elegir lo mejor y más perfecto del bien y lo más insignificante y llevadero del mal. Por tanto, no te atemorices en exceso ante la purificación. Siempre aquellas ocupaciones nuestras que están rectamente dirigidas son juzgadas por quien es juez y benevolente de todas nuestras cosas. Y a menudo, quien en el desempeño de las tareas públicas se comportó con rectitud, obtuvo más que quien, libre de afanes, no dispuso todo con prudencia. Pues, a mi entender, tiene más valor el que avanza un poco cuando tiene los pies atados, que el que corre sin que nada le agobie, más puro es quien está cubierto de fango que aquel que está limpio porque ha recorrido un camino limpio. Y como prueba de lo dicho aportaré que la prostituta Rajab quedó justificada por una sola acción: por su hospitalidad[72], aunque el resto de sus cosas no mereciera alabanza. Y aunque el publicano no mereciera ser enaltecido por su comportamiento, fue ensalzado por una sola cosa: su humildad[73]. Y ello, para que tú aprendas que no debes desesperar fácilmente de ti mismo.

71. Todavía en el s. IV la vida política se desarrollaba reclamando la corresponsabilidad de cristianos y paganos juntos y ciertas funciones oficiales (por ejemplo las de la religión y el culto) eran todavía paganas. El cristianismo debía preguntarse cómo conjugar simultáneamente las leyes del Estado y las de su fe. La respuesta había sido absoluta (y dramática), en la época preconstantiniana: Tertuliano había excluido cualquier participación del cristiano en la vida pública, en sus obligaciones y prácticas idolátricas. Mas lo que era admisible en las reducidas comunidades cristianas de los siglos segundo y tercero, resultaba impracticable en el siglo IV, cuando la participación del cristiano en la vida política, comenzando por el emperador, era una cosa normal.

72. Cf. Jos 2, 1 ss.; 6, 17 ss.

73. Cf. Lc 18, 9-14.

20. Mas quizás alguien diga: «¿qué gano yo con recibir el bautismo con prontitud y con apartarme pronto de los placeres de la vida, cuando aún me sería posible disfrutarlos y postergar la recepción de la gracia? No se beneficiaron más los trabajadores tempranos de la viña, pues les fue dado el mismo salario que a los últimos»[74]. Quienquiera que seas tú que te expresas así, has resuelto todas las dificultades al descubrir cuál era el motivo oculto por el que retrasabas tu purificación. No apruebo yo tu conducta, que es perversa, pero sí la sinceridad de tus palabras. Mas ¡ea! interpretemos esa parábola para que tu ignorancia no te cause daño al leer lo que está escrito. Considera en primer lugar que este pasaje no trata del bautismo, sino de los que reciben la fe en diferentes momentos y, por consiguiente, también en momentos diferentes entran en la viña bellísima que es la Iglesia. Pero el trabajo le reclama a cada uno a partir del día y de la hora en que se convierte. Ciertamente, los primeros aportaron un mayor esfuerzo, pero en cuanto a la disposición no superan a los últimos. Es más: quizás a éstos, aunque parezca paradójico, se les deba mayor paga. El único motivo de haber llegado el último al trabajo de la viña es haber sido llamado también el último. Examinemos con detenimiento lo que a unos y a otros distingue. Los que creyeron en primer lugar, no entraron a la viña hasta que no se ajustó el salario. En cambio los otros, sin convenir nada, fueron a trabajar, dando así prueba de una mayor fe. Unos mostraron un talante envidioso y murmurador. Nada de eso puede reprocharse a los otros. Aquellos tuvieron como salario lo entregado, aunque eran perversos y por culpa de la necedad quedaron privados de un mayor premio, como era lógico. Éstos, por el

74. Cf. Mt 20, 1 ss.

contrario, recibieron la gracia como jornal. Observemos qué aconteció a quienes llegaron tarde: es claro, recibieron igual salario. ¿Por qué entonces los tempranos acusan de inicuo a quien les contrató, reprochándole esa igualdad? Todo ello deja a los primeros desprovistos de la gracia ganada con su sudor, a pesar de que fueron antes a trabajar. Se desprende de todo ello que fue justa la distribución de un paga igual, pues se atenía el salario al esfuerzo de la voluntad.

21. Y aunque la parábola, con arreglo a tu interpretación, ensombreciera la eficacia del bautismo, ¿qué habría de malo en que quienes se entregaron antes a la tarea y sufrieron el calor de la jornada no envidiaran a los últimos, logrando precisamente por esto tener más que ellos, a saber, un mayor amor a los hombres, consiguiendo así que el pago fuera verdaderamente salario y no gracia? Por otro lado, para cobrar el jornal, la parábola exige que los trabajadores entren a la viña y excluye a quienes se dispersan por los caminos, error éste que es, precisamente, el que tú corres el riesgo de cometer. De suerte que, si fuese seguro que tú habrías de obtener el don pensado de ese modo y procurando sustraerte a parte de la labor que se te ha asignado, tal vez sería comprensible que te refugiaras en tales razonamientos y pretendieras sacar alguna ganancia a espaldas de tu Señor. Y ello por no hablar de que una mayor fatiga será considerada siempre una gran merced por todo aquel que no tenga mentalidad de mercader. Mas puesto que estás expuesto a ser definitivamente expulsado de la viña por ese mercantilismo tuyo y a que, mientras corres en búsqueda de lo menor, seas castigado con la privación de lo que es más importante, escucha mis amonestaciones. Deja estar tantas explicaciones equivocadas y tantas objeciones. Acércate al don sin hacer silogismos, no sea que con tan-

tos sofismas acabes por elegir en perjuicio tuyo antes de haber obtenido el cumplimiento de tu esperanza.

22. «¿Qué, pues? ¿No es acaso Dios amador de los hombres? Él conoce los pensamientos, sopesa los deseos y toma el deseo del bautismo mismo». Tus palabras son como un enigma. ¿Crees que Dios, por su bondad, estima igual a quien está iluminado y a quien no lo está? ¿O que piensa que alguien que no cumple aquellas cosas que abren el camino del cielo se afana realmente por alcanzarlo? Me atreveré a decir cuanto pienso al respecto y entiendo que las personas sensatas serán de mi misma opinión. De cuantos obtienen el bautismo, unos estaban completamente ajenos a Dios y a la salvación y se entregaban a todo linaje de maldades, afanándose en ellas. Otros sólo a medias eran malos y estaban entre la virtud y el pecado. Algunos obraban mal, más no se conformaban con sus obras, sino que las soportaban como soporta la enfermedad quien tiene fiebre. Algunos, ya antes de su purificación eran dignos de alabanza. Había quienes, por naturaleza o imponiéndose violencia, se purificaban antes del bautismo con vistas a recibirlo y, después de lograda la perfección, se mostraban mejores y más seguros, fuera para alcanzar el bien, fuera para conservarlo.

De todos éstos, los mejores son los que siendo realmente malos abandonan su pecado, al menos en parte. Quienes se comportan así y se purifican antes del bautismo, son los más dignos de honra y quienes reciben una mayor recompensa. Pues aunque el bautismo aniquile los pecados, no destruye las buenas acciones. Así pues, los mejores de todos son los que cultivan la gracia y se pulen lo más posible a sí mismos para alcanzar de este modo la belleza mayor.

23. Por consiguiente, de entre quienes no llegan al bautismo, algunos son completamente bestiales o anima-

les, según su necedad y su maldad. Éstos y el resto de los malvados no tienen el menor respeto por la gracia que han recibido, que es, a mi parecer, una verdadera gracia, en cuanto que si se concede es querida y si no se concede, despreciada. Otros, conocen y honran la gracia que reciben, pero la retrasan, unos por pereza y otros porque son insaciables para los placeres. Algunos hay que ni siquiera están en situación de recibirla, sea porque son aún de tierna edad, sea porque alguna grave e inesperada desgracia les pone en el trance de no poder recibir la gracia ni aunque la desearan. Al igual que hemos encontrado grandes diferencias entre los diversos tipos de hombre que antes hemos examinado, las encontraremos también entre éstos. Los peores de todos son quienes desprecian totalmente el bautismo. Son peores que los perezosos y los insaciables. Y éstos, a su vez, son peores que quienes no llegan al bautismo por ignorancia o porque están impedidos, pues el impedimento no es sino un pecado involuntario. Entiendo yo que los primeros deberán rendir cuenta no sólo del resto de sus malas acciones, sino también de su desprecio por el bautismo, mientras que los segundos, ciertamente habrán de rendir cuenta, pero menos que aquellos, pues su necedad y no su malevolencia es lo que les ha privado de la salvación. Los últimos, por fin, no obtendrán la gloria del cielo, pero tampoco serán castigados por el Juez justo, porque aunque estén sin el sello del bautismo, ello no les es reprochable, porque más que procurarla, han padecido esta privación. En efecto, no por no ser digno de castigo se merece ya el premio porque, al contrario, el hecho de no merecer premio no significa que se merezca castigo. Considera, además, este otro punto: si tú juzgaras reo de la pena capital a quien ha sido asesino sólo con la intención, pero sin cometer el asesinato, entonces también podría considerarse

bautizado a quien ha querido recibir el bautismo sin llegar a recibirlo. Si no vale el primer caso, tampoco el segundo. O míralo de este otro modo: si para obtener la eficacia del bautismo basta sólo con desear recibirlo y por tal título pretendes obtener la gloria del cielo, entonces para disfrutar la gloria te será suficiente el desearla. ¿Qué te importa si no la obtienes dado que, en cualquier caso, la has deseado ya?

24. Por consiguiente, después de haber oído esas palabras de «volveos a Él y sed iluminados y vuestros rostros no se avergonzarán»[75] por haberse apartado de la gracia, recibid la iluminación mientras aún sea tiempo a fin de que las tinieblas no os persigan y se apoderen de vosotros[76] apartándoos de la iluminación. Después de abandonar la vida viene la noche[77], en que nadie puede trabajar. Aquellas palabras eran de David, éstas en cambio, de la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo[78]. Tomad en cuenta los reproches que Salomón dirige con dureza a quienes son perezosos o excesivamente lentos[79]: «¿Hasta cuándo, perezoso, seguirás acostado? ¿Cuándo despertarás de tu sueño?». Alegas esto y aquello y pones como excusa tus pecados[80]. Dices: voy a esperar a la fiesta de la luz; me resulta especialmente querida la Pascua; aguardo el día de Pentecostés; es mejor, puesto que se es bautizado con Cristo, resucitar con Cristo el día de la Resurrección o venerar la venida del Espíritu Santo. ¿Y qué? Vendrá de pronto el final, en el día que no supones y a la hora que desco-

75. Cf. Sal 33, 6.
76. Cf. Jn 12, 35.
77. Jn 9, 4.
78. Cf. Jn 1, 9.
79. Cf. Pr 6, 10.
80. Cf. Sal 140, 4.

noces. Te sobrevendrá como un mal compañero de viaje, la escasez de gracia y pasarás hambre entre tanta abundancia de bienes. Te hubiera sido preciso prepararte con la actitud opuesta a gozar de los opuestos beneficios. Procurarte con empeño una cosecha abundante y remediar tu sed en la fuente, como hace la cierva sedienta[81] que corre con diligencia hacia los manantiales y apacigua con el agua la fatiga de su carrera. Más te vale eso que padecer lo mismo que Ismael, secarse por falta de agua[82] o, según el mito, sufrir el castigo de la sed en medio de fontana[83]. Es terrible dejar a un lado el comercio y afanarse sólo en el trabajo. Es terrible desdeñar el maná y desear alimentos. Es terrible cambiar de opinión y darse cuenta del daño cuando ya no hay remedio, es decir, después de salir de este mundo, al tiempo del amargo final de todo lo vivido por cada hurto, al momento del castigo para los pecadores y del esplendor para quienes se han purificado. Por tanto, no dudéis en acercaros a la gracia, apresuraos para que no se os adelante el ladrón, ni os aventaje el adúltero, ni el insaciable os sobrepase en estima, ni el asesino se apodere del bien por delante de vosotros, ni el publicano, ni el libertino, ni ninguno de los que arrebatan con violencia el Reino de los cielos[84] y lo saquean. Que el Reino de los cielos requiere una violencia voluntaria, aunque sea gobernado con bondad.

25. Si quieres hacerme caso, seas quien fueres, sé lento para el mal y veloz para ganar la salvación, que

81. Cf. Sal 41, 2.

82. Cf. Gn 21, 15-19.

83. Alusión al mito de Tántalo, que fue castigado por haber ofrecido a los dioses un banquete en que se sirvió la carne de su propio hijo, Pélope, con la condena a permanecer sumergido en el agua del Tártaro, rodeado de suculentas viandas y de bebidas restauradoras pero sin poder probarlas.

84. Cf. Mt 11, 12.

igualmente perversas son la presteza para obrar el mal y la demora en hacer el bien. Si fueres convocado a un banquete, no te apresures. Si a negar tu fe, apártate. Si por caso algún horrible compañero te dijere[85]: «Ven con nosotros, participa en un derramamiento de sangre, sepultemos injustamente a un hombre inocente», tú no prestes atención. Ganarás dos cosas muy importantes: conocer su pecado y apartarte de su compañía. Pero, en cambio, si fuere el gran David quien te dice[86]: «Vamos, regocijémonos con el Señor»; o si otro profeta[87]: «Venid, subamos al monte del Señor»; o si el mismo Salvador te invitara diciendo[88]: «Venid a mí cuantos estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» o «levantaos, vayámonos de aquí[89]», esplendorosamente radiantes, brillantes más que la nieve, más blancos que la leche, resplandecientes más que el zafiro[90], entonces no te resistas, no te retrases. Seamos como Pedro y Juan que corren al sepulcro y a la resurrección[91]. A ejemplo suyo, corramos nosotros al bautismo, corramos juntos, rivalicemos, disputemos por alcanzar el bien los primeros. No digas: «Me voy y volveré. Mañana recibiré el bautismo», si puedes recibir hoy el beneficio. «Estén presentes mi madre, mi padre, mis hermanos, mi mujer, mis hijos, mis amigos, todo cuanto me es querido. Sólo entonces me salvaré. Ahora no tengo tiempo para ser iluminado»[92]. Teme, no sea que te resulten compañeros de des-

85. Pr 1, 11.
86. Sal 94, 1.
87. Mi 4, 2.
88. Mt 11, 28.
89. Jn 14, 31.
90. Cf. Lm 4, 7.
91. Cf. Jn 20, 3.
92. Nótese la vivacidad de estas referencias concretas que nos representan una sociedad sólo superficialmente cristianizada, que en las ce-

gracia aquellos a quienes quisiste tener como camaradas de tu alegría. Si están presentes, acógelos con cariño. Si faltan, no los esperes. Debe darte vergüenza decir: «¿Qué ventajas obtendré con el bautismo? ¿Dónde está la vestidura bautismal con que resplandeceré? ¿Dónde está lo que protege a quienes me bautizan y qué me garantiza que seré bien considerado por ellos?». Sin duda, en tu opinión éstas son cosas indispensables. Por eso mismo será menor la gracia que recibas. No repares en minucias cuando de grandezas se trata, no te permitas nada mezquino. Lo mayor de cuanto se ve es el misterio. Ocúpate de producir fruto para ti mismo. Revístete de Cristo[93], aliméntate con una vida honesta. A la manera como yo me complazco en ser tratado con deferencia, Dios, que concede las cosas más grandes, se goza también de eso. Para Dios nada es tan grande que no pueda ser dado a quien es pobre. No menosprecien los pobres tales cosas, pues en ellas no encontrarán qué disputar a los ricos. En todo lo demás hay diferencia entre pobres y ricos, mas en ésta sólo es rico el que está decidido a serlo.

26. Que nadie detenga tu marcha hacia delante, que nadie reprima tu buena voluntad. Mientras el deseo sea vehemente, arrebata lo deseado. Sea endurecido con el frío el hierro aún caliente, no sea que de repente ocurra algo que rompa el deseo. Yo soy Felipe, sé tú Candace. Di: «Ahí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?»[94]. Aprovecha el momento oportuno, alégrate por el bien y, dicho esto, sé bautizado y tras bautizado, salvado. Aunque seas etíope de cuerpo, sé de alma blanco. Alcan-

remonias más significativas y esenciales del cristianismo veía sólo un medio para explayar su propio lujo.

93. Cf. Ga 3, 27.

94. Hch 8, 36.

za la salvación, que para las personas sensatas nada hay más alto ni venerable. No digas: «Que me bautice un obispo, que sea metropolitano[95], peregrino a Jerusalén»[96]. La gracia no obedece al lugar sino al Espíritu. Ni digas: «Que sea de noble cuna, pues sería terrible que mi noble linaje fuera injuriado por quien me bautiza. Que sea presbítero, pero no casado y que su comportamiento sea moderado[97] y su vida angélica. Sería espantoso que en el mismo momento de mi purificación recibiera yo una mancha». No atiendas a la probidad del que evangeliza ni a la de quien te bautiza. Otro es el juez de éstos, otro quien examina lo oculto, que si el hombre ve las apariencias, Dios distingue en el corazón[98]. En lo que atañe a tu purificación, tú fíate de cualquiera, reparando solamente en que quien te bautice sea persona autorizada por la Iglesia[99] y no uno de los que públicamente se han apartado de ella y, por ende, han sido por ella condenados. Estando necesitado de curación, no te ocupes en juzgar a los jueces, no te pongas a distinguir sobre los

95. Observa Bernardi, *op. cit.*, p. 214, que en aquella época Constantinopla dependía aún del metropolitano de Heraclea. Esta afirmación manifiesta la vacuidad de las excusas aducidas por tales personas, pues era poco probable que el obispo metropolitano de Nicea se desplazase expresamente para administrar un bautismo.

96. O sea, un obispo que había ido en peregrinación a los lugares santos y había adquirido así un título de mérito. La *peregrinatio ad loca sancta* era una costumbre de gran significado espiritual para los cristianos, a partir del siglo IV.

97. Con este término, que originariamente (s. II) designaba la secta instituida por el hereje Taciano, se aludía generalmente a quienes llevaban una vida de rigurosa abstinencia, más dura de lo prescrito por las normas de la propia Iglesia.

98. Cf. 1 S 16, 7.

99. Por consiguiente, no es válido el bautismo administrado por un hereje. Es ésta una precaución que era necesario seguir con cuidado en la época en que San Gregorio regía la Iglesia de Constantinopla.

méritos de quienes te purifican, ni a discernir entre tus progenitores. Tal vez haya uno que sea mejor o más miserable que otro. En cualquier caso, son superiores a ti. Reflexiona como sigue: si un anillo de hierro y otro de oro tienen grabada la misma imagen, una vez que hayan imprimido su efigie en la cara, ¿quién distinguirá qué imagen pertenece a cada uno de ellos? Por muy sabio que seas, ¿reconoces en la cera la materia de la imagen acuñada? Díme cuál es la marca producida por el anillo de hierro y cuál por el de oro. Una sola es la efigie, pues la diferencia estribaba en la materia, no en la imagen impresa. Esto ha de servirte de ejemplo por lo que respecta a cada uno de los que bautizan. Aunque uno sea superior por su modo de vida, la eficacia del bautismo es siempre la misma. Cualquiera que esté constituido en la misma fe, ha de ser considerado por ti como poseedor de la misma perfección.

27. Aunque seas rico, no desprecies recibir el bautismo junto con alguien que sea pobre, ni porque tengas linaje noble desdeñes ser bautizado junto a uno de humilde cuna; no porque seas señor creas que es indigno acercarse a la fuente bautismal con quien ha sido esclavo hasta hace poco. No superarás en humildad a Cristo, por quien eres tú bautizado hoy y que por ti tomó apariencia de esclavo [100]. A partir de este día tú te has transformado, se han transformado todas las antiguas características de tu temperamento y Cristo se ha sobrepuesto a todos, imponiendo una sola forma. Sabedor de cómo bautizaba Juan, no te niegues a revelar tus pecados, para que con la vergüenza de esta vida, evites la de la venidera, que esto forma parte del castigo en la vida futura. Mostrarás que realmente odias al pecado cuando lo reve-

100. Cf. Flp 2, 7.

les y aparecerá claro que has triunfado sobre él, pues lo consideras digno de violencia. No desprecies someterte al exorcismo, ni renuncies a él por su larga duración. Él es prueba de legitimidad en la gracia. ¿Te fatigarás tanto como la reina de los etíopes, que vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón? Y para quienes rectamente lo entienden, «aquí hay algo mayor que Salomón» [101]. No retrocedas ante la longitud del camino, ni ante la anchura del mar, ni ante el fuego si es que llegara a darse, ni ante ninguna otra cosa, ante ningún impedimento pequeño o grande, hasta que alcances la gracia. Mas siéndote posible alcanzar lo deseado sin necesidad de fatigas ni trabajos, ¿no sería gran necedad aplazar la posesión del don? «Los sedientos», dice la Escritura, «acudid al agua», es Isaías quien te exhorta [102] «y los que no tenéis dinero, venid, venid, comprad y bebed vino» de balde. ¡Oh, premura de la bondad! ¡Oh, magnífica disposición de quien contrata! Este bien sólo te cuesta el quererlo. Él acepta este deseo en lugar de una gran fortuna. Está sediento de ser deseado con ansia, da de beber a quienes lo quieren. Dispensa favores reclamando favor para sí mismo. Es un bienhechor servicial. Da más de lo que cualquiera sería capaz de coger. Sólo se nos reprocha la mezquindad de pedir cosas pequeñas e indignas de quien nos las da. Bienaventurado aquel a quien Cristo pide de beber, como hizo con aquella samaritana, a la que dio «una fuente de agua que salta hasta la vida eterna» [103]. «Bienaventurado el que siembra al lado de las aguas» [104], al lado de todas las almas, que mañana serán

101. Cf. Mt 12, 42.
102. Cf. Is 55, 1.
103. Cf. Jn 4, 7.
104. Cf. Is 32, 20.

labradas y regadas, pero que hoy son pisadas por el asno y el buey, improductivas, secas y atormentadas por el desprecio. Bienaventurado quien, aunque sea torrente de juncos, bebe en la casa del Señor[105]. Así pasa de ser portador de juncos a portador de trigo, cultiva alimentos aptos para el hombre, en vez de frutos amargos e inútiles. A procurar esto ha de enderezarse toda nuestra diligencia, impidiendo que nos apartemos de esta gracia común.

28. «De acuerdo», dirá alguno, «con que todas estas cosas se apliquen a quienes desean el bautismo. Mas, ¿qué pensar de quienes son aún niños e incapaces para apreciar el castigo y la gracia? ¿Habremos de bautizarlos también?». Sin lugar a dudas, si es que nos apremia algún peligro. Mejor es ser santificado sin percibirlo, que morir sin el sello de la perfección. Hallamos un claro modelo en la circuncisión, practicada a los ocho días[106]. Era un símbolo del sello, que se practicaba a quienes no tenían aún uso de razón. Otro tanto sucedía con las señales puestas en los dinteles[107], que protegieron a los primogénitos mediante cosas carentes de conocimiento. Por lo demás, entiendo que cumplida la edad de tres años, poco más o menos, tan pronto como sea capaz de escuchar algún contenido del misterio y de dar alguna respuesta y cuando pueda uno figurarse algo, aunque no lo entienda perfectamente, ha de procederse a santificar los cuerpos y almas con el gran misterio de la perfección. En efecto, aunque comienzan a rendir cuentas de su vida sólo cuando su razón esté completa y hayan entendido el misterio, pues la ignorancia propia de la edad les disculpa de pecado, no obstante, bajo todos los puntos de vista, es más

105. Cf. Jl 4, 18.
106. Cf. Gn 17, 12.
107. Cf. Ex 12, 22.

ventajoso protegerse con el bautismo. Y ello a causa de los repentinos ataques de los peligros, que caen sobre nosotros con mayor ímpetu que cualquier socorro [108].

29. Mas arguyes: «Cristo, siendo Dios, fue bautizado a los treinta años [109]. ¿Exigirás tú que el bautismo se reciba antes de esa edad?». Al decir que era Dios, tú mismo has resuelto la cuestión. Él era la pureza misma, y no necesitaba de purificación, pero se purificó por ti, al igual que se encarnó por ti aunque era incorpóreo. No corrió ningún peligro que hiciera imprudente retrasar su bautismo, pues como sucedió con su nacimiento, Él era el administrador de su propia pasión. En cambio, tú estuviste sometido a un peligro no pequeño por el mero hecho de nacer de la sola corrupción, sin estar recubierto de incorruptibilidad. Repara en esto: a Él le convenía aquel momento para su bautismo, cosa que no puede decirse de ti. Él se manifestó a la edad de treinta años y no antes, para no parecer ostentoso, sentimiento éste propio de las personas ineptas, y porque a esa edad estaba en posesión de una perfecta prueba de virtud y convenía que lo manifestara. Era necesario que se sometiera a la pasión salvadora del mundo y que a tal pasión concurriesen cuantas cosas son propias de ella: la manifestación que se dio en su bautismo, el testimonio del cielo, el anuncio, la reunión de multitudes, los milagros. Era preciso que todas estas cosas formaran un todo, sin división ni separa-

108. El hecho de que San Gregorio aconseje esperar tres años antes de administrar el bautismo a los niños, que en cualquier caso, pueden ser bautizados antes si hay necesidad de ello, no significa que crea que no existe, de hecho, el pecado original. Lo que San Gregorio mantiene es que antes de esa edad el niño sustancialmente no es capaz de pecar, aunque por efecto del pecado de Adán, tenga la inclinación al pecado.

109. Cf. Lc 3, 23.

ción de intervalos. A partir del bautismo y de la manifestación se desató el terremoto de cuantas cosas ocurrieron, que terremoto es llamado por la Escritura ese momento[110]. A partir de la multitud se desencadenó la ostentación de signos y prodigios que conducían al Evangelio. Mas de los milagros se siguió la envidia, de la envidia el odio, del odio la maquinación y la traición, de esto, por fin, la cruz y cuanto nos ha salvado. En la medida en que nos resultan comprensibles, así fueron las cosas referentes a Cristo. No excluyo, con todo, que pueda encontrarse alguna otra explicación, más secreta que ésta.

30. ¿Qué necesidad tienes tú de decidir mal por seguir ejemplos que te exceden, cuando conocemos muchas otras cosas de aquel tiempo, cuya narración nos las presenta como realizadas en el tiempo y de manera diferente a como ahora las hacemos? Te pondré algunos ejemplos. Él ayunó inmediatamente antes de la tentación[111], nosotros antes de la Pascua. El ayuno, ciertamente, es idéntico, pero no es pequeña la diferencia entre ambos momentos. Él opone a las tentaciones los ayunos, mientras que para nosotros ayunar equivale a morir juntamente con Cristo y nos sirve como purificación que precede a la fiesta. Él, como era Dios, ayunó cuarenta días, mientras nosotros ayunamos con arreglo a nuestra limitación, bien que el celo estimule a algunos a lanzarse por encima de sus propias fuerzas[112]. Junto a eso, Él enseñó a sus discípulos el misterio de la Pascua en el cenáculo, después de la cena, el día inmediatamente

110. Cf. Mt 21, 10.

111. Cf. Mt 4, 2.

112. Un reproche contra quienes, a la manera de los «encratitas» a que se ha hecho referencia antes (núm. 26), se imponían normas rigurosas de vida que no secundaban, e incluso tal vez se oponían soberbiamente, a los preceptos y costumbres de la Iglesia.

anterior a la Pasión [113]. A nosotros, en cambio, nos enseña eso mismo en las casas de oración, antes de la cena y cuando ya ha resucitado. Él resucitó a los tres días, nosotros al cabo de mucho tiempo. No es que nuestras cosas sean distintas de las que Él hizo, ni que estemos sometidos al tiempo, sino que lo que se nos ha transmitido es como una reproducción que dista mucho de ser igual al original. ¿Qué tiene de extraño que recibiendo el bautismo por nosotros, respecto al momento en que lo hizo difiera del modo en que lo recibimos nosotros? Lo que propones me parece grande y admirable, pero va en detrimento de tu propia salvación.

31. Si en algo tenéis mi doctrina, permitid que os exhorte a esto, a que os superéis a vosotros mismos por buscar el bien. Comenzad un doble certamen, uno que os purifique antes del bautismo y otro que conserve el bautismo. En efecto, os halláis ante una doble dificultad: adquirir un bien que no poseéis y conservarlo una vez que lo hayáis adquirido. Pues a menudo la negligencia destruye lo adquirido con esfuerzo o, al contrario, la diligencia logra recuperar lo que había destruido la pereza. Buenos son para alcanzar lo que deseas las vigilias, los ayunos, dormir en el suelo, las oraciones, las lágrimas, la lamentación por los necesitados y compartir algo con ellos. Que todo ello sirva como expresión de agradecimiento por lo que has recibido y también para su salvaguardia. Cuentas con un beneficio que te permitirá recordar muchos mandatos. No lo descuides. ¿Se te acerca un menesteroso? Recuerda cuánto has mendigado tú y cuánto te has enriquecido. ¿Se te acerca tal vez alguno necesitado de pan o de bebida, un Lázaro [114], quizás, o cual-

113. Cf. Lc 22, 17 ss.
114. Cf. Lc 16, 20 ss.

quier otro que esté echado ante tu puerta? Respeta la mística mesa a la que te has acercado, el pan en que tomaste parte, la bebida de que has participado una vez llegado a perfección con los sufrimientos de Cristo. ¿Te ha llegado de improviso un extraño, un extranjero sin casa? Acoge en él a quien por ti peregrinó en su propia heredad[115], a quien, merced a la gracia, se ha establecido en ti y te transporta a la morada celestial. Sé Zaqueo, aquel que hasta ayer era publicano y hoy se ha hecho generoso[116]. Cosecha todos los frutos que vienen con el advenimiento de Cristo a fin de que, después de verle, parezcas grande, aunque seas pequeño en lo referente a la edad corporal[117]. ¿Yace ante tu casa un enfermo, un herido, quizás? Honra la salud que Cristo te ha concedido, las heridas de que Él te restableció. «Si vieres a alguien desnudo, vístele»[118], dando así honor a tu vestido de inmortalidad, que es Cristo, pues «cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo»[119]. Si encuentras a un deudor postrado ante ti, rompe todo contrato, justo o injusto[120]. Ten memoria de los diez mil talentos que Cristo te condonó[121]. No quieras ser recaudador cruel de una deuda insignificante. ¿Con quién todas estas cosas? Con quienes contigo son siervos, pues si del Señor has recibido más que ellos, ten presente que habrás de rendir cuentas de la benevolencia de Aquel cuya misericordia no imitaste aunque te dio ejemplo de ella.

115. Cf. Jn 1, 11.
116. Cf. Lc 19, 2 ss.
117. Otra alusión al concepto de *aetas spiritalis*. Zaqueo era de cuerpo menudo, aunque en rigor no se pueda hablar de edad por la baja estatura de Zaqueo, pero fue espiritualmente grande. En cualquier caso, el texto griego habla expresamente de la «edad».
118. Is 58, 7.
119. Ga 3, 27.
120. Cf. Mt 18, 26.
121. Cf. Mt 18, 23 ss.

32. Baña tu imagen[122] y no sólo tu cuerpo. Que junto a la absolución de los pecados quieras también adoptar la reforma de tu vida. Que no sólo se limpie el fango que te cubre, sino que además quede purificada la fuente de que brota. No se grabe en tu alma solamente el deseo de cobrar algo de honra, sino también el de perder con honra algo o, lo que es más fácil, el de desprenderte de lo injustamente adquirido. ¿Qué provecho lograrías si se te perdonase el pecado, mas no quedara reparado el daño que causaste a quien padeció tu injusticia? ¿No son acaso dos tus faltas, adquirir injustamente y conservar lo adquirido? Has sido absuelto de lo primero, pero sigues siendo injusto por lo que hace a lo segundo. Dado que aún sigues en posesión de lo ajeno, tu pecado no ha sido destruido, sino sólo temporalmente suspendido. Osaste cometer uno antes del bautismo. Permanece el otro tras haber sido bautizado, que el baño perdona lo cometido antes de su recepción, no lo que al presente se comete. Se requiere que la purificación no sea una argucia tramada astutamente, sino un sello. Debes brillar de verdad, no sólo en apariencia, No te ha de servir la gracia como velo de tus pecados, sino para liberarte de ellos. «Bienaventurados aquellos cuyas injusticias han sido perdonadas», o sea, quienes han obtenido una completa purificación, «y aquellos cuyos pecados han quedado ocultos»[123], que son quienes aún no están purificados interiormente. «Bienaventurado el hombre al que el Señor no le imputa su pecado»[124]. Ésta es la tercera clase de pecadores: aquellos cuyas acciones no son loables, pero tienen una forma de pensar irreprensible.

122. Esto es, el alma, hecha a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26).

123. Sal 31, 1.

124. Sal 31, 2.

33. ¿Qué digo? ¿Cuál es mi discurso? Ayer eras la cananea[125] cuya alma estaba encorvada a causa del pecado[126]. Hoy has sido erigido por el Logos. No vuelvas a encorvarte hasta caer por tierra, oprimido por el maligno con un collar de madera, no sea que resulte imposible levantarte de tu postración. Ayer desfallecías a causa de un flujo de sangre[127], pues de ti manaba el rojo pecado. Hoy, secado ya el flujo, floreces. Tocaste la orla del manto de Cristo y detuviste el flujo. Conserva tu pureza, no sea que recaigas en la hemorragia al querer apoderarte de Cristo por la fuerza para robar tu salvación. Por mucha que sea su benevolencia, Cristo no quiere ser robado en exceso. Ayer yacías acostado en un lecho, abandonado y quebrantado, sin que nadie te echase a la piscina cuando se agitaban las aguas[128]. Hoy te has encontrado con el hombre que es Dios o, mejor dicho, con quien es Dios y hombre. Te levantó del camastro, incluso has cargado al hombro tu yacija y has esculpido en una columna el beneficio recibido. No te acuestes de nuevo en tu camastro volviendo a pecar, no regreses al miserable descanso del cuerpo entregado a los placeres. Tal como estás, camina recordando el precepto de «estás curado. Anda y no peques más para que no te suceda algo peor»[129], es decir, para que no seas peor después de haber recibido el beneficio. «Lázaro, sal fuera»[130]. Estando en el sepulcro escuchaste esa potente voz, ¿qué voz más poderosa que la del Logos?, y saliste. Aunque no eras un cadáver de cuatro días[131] sino de muchos, resucitaste con

125. Cf. Mt 15, 22.
126. Cf. Lc 13, 11.
127. Cf. Lc 8, 43 ss.
128. Cf. Jn 5, 7.
129. Jn 5, 14.
130. Jn 11, 43.
131. Cf. Jn 11, 39.

quien lo hizo al tercer día y te viste libre de las ataduras fúnebres. No quieras morir de nuevo y permanecer junto a quienes habitan los sepulcros[132]. No te ates con las vendas de tus pecados, pues no tienes garantizado que vayas a resucitar otra vez de entre los muertos antes de que llegue el momento de la última y común resurrección, cuando Él reclame a todas las criaturas no para curarlas, sino para juzgarlas y para que rindan cuentas de si han administrado bien o mal sus tesoros[133].

34. Si antes estabas cubierto de lepra, o sea, de un mal que te deformaba, y te has apartado de esa materia miserable y has recuperado una imagen sana, muéstrame la purificación a mí, que soy tu sacerdote, a fin de que advierta cuánto más honrosa es ésta que la prescrita en la ley[134]. No seas uno de los nueve ingratos. Imita al décimo que, aun siendo samaritano, era el más noble de todos. Robustécete para que no se renueve tu enfermedad y se haga difícil curar la deformidad de tu cuerpo. Aún hace poco que la mezquindad y la tacañería secaban tu mano[135]. Extiéndala hoy la generosidad y la misericordia. Buena medicina es para una mano enferma distribuir lo que se posee, repartir a los menesterosos, prodigar el agua de que tenemos abundancia, sin miedo a llegar hasta el fondo. Quizás éste te proporcionaría alimento, como le ocurrió a la de Sarepta, sobre todo si por casualidad aconteciere el caso de tener que alimentar a Elías[136]. Buena medicina es estimar como un bello estado la pobreza padecida por Dios, que por nosotros se hizo pobre. Si fueres sordo o mudo[137], que sople en tus oídos

132. Cf. Sal 67, 7.
133. Cf. Mt 25, 14-30.
134. Cf. Lc 17, 12 ss.
135. Cf. Lc 6, 6.
136. Cf. 1 R 17, 9.
137. Cf. Mc 7, 32.

el Logos, y, todavía mejor, si puedes quedarte con Él después de que te haya soplado. No cierres tus oídos a las enseñanzas y amonestaciones del Señor, como una serpiente a los encantamientos. Si eres ciego[138] y estás falto de luz, esclarece tus ojos para no dormirte en la muerte[139]. Contempla la luz en la luz del Señor[140], ve al Hijo en el Espíritu de Dios, contempla la triple e indivisible Luz. Si por entero acoges al Logos, reunirás en tu alma todos los cuidados de Cristo, los mismos con los que Él fue curando una a una todas las enfermedades. Mira que no ignores la medida de la gracia. Mira que el adversario no siembre en torno tuyo la cizaña mientras duermes descuidado[141]. Mira que no te conviertas en digno de lástima por el pecado, al haber sentido el maligno envidia de tu pureza. Mira de no alegrarte excesivamente por el bien para que no te ensalces sin modestia y caigas en la presunción. Mira por trabajar siempre con todo empeño por tu purificación, colocando en tu corazón las gradas[142], y por conservar con sumo cuidado la remisión que, conforme al don, obtuviste. Así, tu perdón será obra de Dios y conservarte en ese estado, obra tuya.

35. ¿Cómo será esto? Recuerda la parábola[143] y te ayudarás de la forma mejor y más perfecta. Expulsado por el bautismo, salió de ti el espíritu impuro y material. No soporta la persecución, no se aviene a permanecer sin hogar y sin techo. Camina por lugares áridos, carentes de la divina irrigación, y no quiere continuar en ellos. Vaga en busca de descanso sin encontrarlo. En su camino da

138. Cf. Lc 18, 35.
139. Cf. Sal 12, 4.
140. Cf. Sal 35, 10.
141. Cf. Mt 13, 25.
142. Cf. Sal 83, 6.
143. Cf. Lc 11, 24 ss.

con almas bautizadas cuya maldad fue sepultada por el baño. Se atemoriza ante el agua, se ahoga en la purificación como legión en el mar [144]. Vuelve otra vez a la casa de la que salió. Es un espíritu desvergonzado y pendenciero. Ataca de nuevo, lo intenta una vez más. Si ve que Cristo vive allí, que el espacio que él abandonó lo habita Cristo, se retira fracasado y su perpetuo vagar suscita lástima. Mas si halla en ti un lugar barrido y aderezado, mas vacío y estéril, dispuesto para recoger a uno o a otro inquilino, se arroja sobre él, se establece en su interior con mayor aparato y llega a ser esta situación peor que la primera. Y aún más grave, porque al principio habrá esperanza de corrección y seguridad y, sin embargo, ahora la maldad es evidente y en ausencia del bien se presenta la perversión, de suerte que posee aquel lugar con toda seguridad.

36. Volveré a recordarte las iluminaciones valiéndome de lo que recogen los oráculos divinos. A mí también me agrada recordar tales cosas, pues, ¿qué más dulce que la luz, para quienes la han gustado? Te iluminaré con las divinas palabras. «Ha amanecido la luz para el justo» y «la alegría» [145] es su compañera. «La luz permanecerá para siempre con los justos» [146]. Se le dice a Dios: «Desde los montes eternos iluminarás de forma admirable» [147]. Se trata, a mi entender, de las potencias angélicas que con nosotros colaboran para nuestra mejora. «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» [148]. Has oído a David suplicar que le fueran enviadas la luz

144. Cf. Mc 5, 9 ss.
145. Sal 96, 11.
146. Is 60, 19.
147. Sal 75, 5.
148. Sal 26, 1.

y la verdad[149]. Se alegra porque las ha obtenido ya. Cuando dice que le ha sellado la luz de Dios[150] se ha de interpretar que la luz se ha revelado y que ha conocido signos que se le ha concedido la iluminación. De una sola luz debemos huir: de aquella que es producto del fuego cruel. No caminemos en la luz de nuestro fuego y con la llama que nos consume. Conozco un fuego purificador. Es aquel que Cristo, llamado también místicamente fuego, vino a traer a la tierra. Es un fuego destructor de lo material, de la naturaleza perversa. Él quiere que se extienda con la máxima rapidez posible, desea la veloz difusión del beneficio, porque las brasas de este fuego son nuestro socorro. Conozco, en cambio un fuego que no purifica, que reprende. Es, ya el de Sodoma[151], que llovió sobre los pecadores mezclados con azufre y pez[152], ya el fuego preparado para el diablo y sus ángeles[153], ya el que rodea el rostro del Señor y abrasa en torno suyo a todos sus adversarios[154]. Éste es el más terrible de todos y unido al gusano infatigable[155], jamás se apaga, es eterno para los perversos. Todo ello es propio del poder destructor divino, a no ser que se entienda que Dios prefiere una actitud más benevolente y conforme con su dignidad[156].

149. Cf. Sal 42, 3.
150. Cf. Sal 4, 7.
151. Cf. Gn 19, 24.
152. Cf. Sal 10, 7.
153. Cf. Mt 25, 41.
154. Cf. Sal 96, 3.
155. Cf. Mc 9, 48.
156. San Gregorio se pregunta si no será un pensamiento más lógico y consonante con la bondad y generosidad de Dios creer que el castigo del infierno no tenga como fin la destrucción del hombre pecador, sino purificarlo y cancelar las culpas por él cometidas. Las penas del infierno, por consiguiente, no serían eternas ni definitivas, sino que tendrían como fin mejorar al hombre. En último término,

37. Además de dos clases de fuego, conozco también dos géneros de luz. Es la primera la que procede del principio conductor que endereza nuestros pasos hacia Dios. La otra es engañosa, imprudente y enemiga de la luz verdadera. Finge ser ésta para apropiarse de su resplandor, pero aunque aparente ser luz de mediodía y más brillante que la luz, es tenebrosa hasta el extremo. A mi entender, por esto se dice que algunos huirán en la oscuridad del mediodía[157]. Ciertamente es noche, mas quienes están corrompidos por el lujo la consideran como luz. ¿Qué dice David? «La noche me rodeaba y, mísero de mí, no lo sabía, pensaba que el lujo era luz»[158]. Lo mismo les sucede a quienes se entregan a la molicie. En cambio nosotros estamos iluminados por la luz del conocimiento. Esto es «sembrar la justicia»[159] y recolectar el fruto de la vida, pues la acción nos procura la contemplación. Así aprenderemos todas las cosas y también a distinguir cuál es la verdadera luz y cuál la falsa y cuando tropecemos con ésta no creeremos que se trate de aquélla. Seamos luz, que los discípulos oyeron cómo les decía la gran luz: «Vosotros sois la gran luz del mundo»[160]. Seamos luminarias del mundo llevando en nosotros al Logos de vida, la fuerza que a todos vivifica. Apoderémonos de la naturaleza divina, de la más primitiva y pura luz. Vayamos a su esplendor sin que nuestros pies tropiecen en los montes oscuros y enemigos. Mientras luzca el día «caminemos con decoro propio del día, no

este pensamiento se remonta a la doctrina de Orígenes, ampliamente profundizada por San Gregorio de Nisa en su diálogo *El alma y la resurrección*.

157. Cf. Is 5, 20.
158. Sal 138, 11 ss.
159. Os 10, 12.
160. Mt 5, 14.

en festines y borracheras, no en amancebamientos y libertinajes»[161], pues los robos pertenecen a la noche.

38. Hermanos, purifiquemos todo nuestro cuerpo, santifiquemos nuestros sentidos todos. Nada haya en nosotros de imperfecto, nada de nuestro primer nacimiento. Que nada quede privado de la luz. Iluminemos nuestros ojos para ver rectamente, sin admitir en nuestro interior ninguna imagen disoluta procedente de una contemplación curiosa e indiscreta. Bien que no rindiéramos culto al placer, mancillaríamos nuestra alma. Haya en nosotros viga o paja[162], hemos de purificarnos para poder ver también las cosas de los demás. Iluminemos nuestro oído y nuestra lengua para que escuchemos lo que dice el Señor Dios[163] y se nos haga audible su misericordia matutina[164] y captemos el júbilo y la alegría que invaden los oídos divinos. No seamos espada punzante[165] ni afilada daga[166], no acojamos bajo nuestra lengua a la fatiga y al trabajo[167]. Respetando las lenguas de fuego[168], hablemos de la sabiduría de Dios oculta en el misterio[169]. Guardemos nuestro olfato para no acabar afeminados y cubiertos de polvo en vez de sumergidos en aromas agradables. Aspiremos el ungüento que se ha derramado en nosotros[170] para apropiarnos espiritualmente de él y transformarnos en él hasta el punto que de nosotros ex-

161. Rm 13, 13.
162. Cf. Mt 7, 2-5.
163. Cf. Sal 84, 9.
164. Cf. Sal 142, 8.
165. Cf. Sal 56, 5.
166. Cf. Sal 51, 4.
167. Cf. Sal 10, 7.
168. Cf. Hch 2, 3.
169. Cf. 1 Co 2, 7.
170. Cf. Ct 1, 3.

hale el mismo perfumado olor. Purifiquemos el tacto, el gusto, el paladar. Nada suave toquemos, nada nos alegre por su tersura. Acariciemos al único digno de ser acariciado, al Logos que por nosotros se encarnó, haciéndonos en esto imitadores de Tomás[171]. Evitemos ser tentados por infusiones y golosinas que son hermanas de las tentaciones más cruentas. Gustemos sólo y probemos al buen Señor[172], cuyo gusto es el más dulce y perdurable. No atendamos a refrescar por breve plazo el cruel conducto que nos da placer, pero descuida lo que se le da y no lo retiene. Alegrémonos, en cambio, con estos discursos, más dulces que la miel[173].

39. Además de cuanto queda dicho, bueno es que purificando nuestra cabeza en la medida en que puede ser purificada la que es taller de las sensaciones, alcancemos a Cristo cabeza, a partir del cual se entrama y ordena todo el cuerpo[174], y que disminuyamos el pecado que pretende alzarse sobre nosotros y hacerse con lo mejor de nosotros mismos. Es menester santificar y purificar al hombre que somos para que sea capaz de levantar la cruz de Cristo, cosa que no resulta fácil para todos. Bueno es que pies y manos lleguen a la perfección. Las manos para que se alcen santas en todos los lugares y se aferren a las enseñanzas de Cristo, para que no se irrite el Señor[175] y para que merced a nuestras obras se haga creíble la palabra de Dios, como aquella que fue puesta en manos del profeta[176]. Los pies, para que no se apre-

171. Cf. Jn 20, 27.
172. Cf. Sal 33, 9.
173. Cf. Sal 18, 11.
174. Cf. Col 2, 19.
175. Cf. Sal 2, 12.
176. Cf. Jr 50, 1.

suren a verter sangre[177] y a hacer el mal, sino que estén prontos para el Evangelio y para el galardón de la vocación suprema[178], para que reciban a Cristo, que lava y purifica los pies[179]. Si existe una purificación del vientre, capaz de contener y digerir los alimentos que provienen del Logos, bueno es también que no llegue el vientre a hacerse dios por el lujo y los alimentos que lo dejan inactivo, sino que se purifique cuanto pueda, que se haga pequeño para acoger en su interior al Logos y padecer con justicia por el error de Israel. Imagino también que el corazón y cuanto está en el interior del hombre es digno de honra. A ello me persuade David, que quería crear dentro de sí un corazón puro y que un espíritu recto renovara sus entrañas[180]. Con ello, según mi parecer, se refería a lo intelectual, a los movimientos del alma o pensamientos.

40. ¿Qué decir de los lomos y de los riñones?[181]. No olvidemos tales partes. También ellas han de someterse a la purificación. Tengamos los lomos ceñidos y sujetos por la continencia, con arreglo a lo que la Ley prescribía a Israel para celebrar la Pascua[182]. Sin educarse en tales cosas, nadie puede huir limpiamente de Egipto ni escapar al exterminio. Sométanse los riñones a una hermosa transformación, trasladando a Dios todo su deseo, para poder decir: «Señor, en ti todo mi deseos»[183] y «no ambicioné el día del hombre»[184]. Es preciso ser hombre

177. Cf. Sal 13, 3.
178. Cf. Flp 3, 14.
179. Cf. Jn 13, 5 ss.
180. Cf. Sal 50, 12.
181. Cf. Ef 6, 14.
182. Cf. Ex 12, 11.
183. Sal 38, 10.
184. Jr 17, 16.

de deseos del Espíritu [185]. Si consiguiéramos esto, perecería la serpiente, cuya fuerza, en gran parte reside en los ojos y en los lomos, puesto que ella morirá junto a su poderío sobre tales lugares. No te asombres si rindo veneración extraordinaria a nuestras partes indignas [186], matando y reprendiendo con mi palabra levantada contra la materia. Entreguemos a Dios todos nuestros miembros sobre la tierra, consagrémosle todos, no sólo un lóbulo del hígado, o los riñones, o la grasa de una u otra parte de nuestro cuerpo. ¿Por qué despreciar el resto de nuestro cuerpo? Ofrezcámonos enteros como oblaciones racionales y víctimas perfectas. No hagamos una ofrenda sacerdotal reducida a nuestro brazo o a nuestro pecho. Sería poco. Si nos damos enteros, enteros nos recibiremos, que recibir es entregarse a Dios y celebrar la ceremonia de nuestra salvación.

41. Sobre todo esto, antes de ello, conserva el depósito [187] por el que vivo y soy ciudadano, aquel que deseo tomar como compañero, por el que soporto toda clase de sufrimientos y desprecio todo placer. Consiste en la confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto es lo que hoy te confío, con esto te bautizo y te ensalzo. Te lo entrego como compañero para toda la vida y como patrono. Que hay una sola naturaleza divina y una única potencia, que se halla unitariamente en las tres personas y las abarca de forma separada. No hay desigualdad en cuanto a sus esencias o naturalezas, no hay aumento ni disminución por sobreabundancia o ausencia. Por todas las partes es igual y lo mismo [188], como una es

185. Cf. Dn 9, 23.
186. Cf. 1 Co 12, 23.
187. Cf. 2 Tm 1, 14.
188. A partir de este punto, en la exposición del símbolo de la fe que ocupa todo el número 41 y el siguiente, San Gregorio retoma la polémica contra los arrianos.

la hermosura y grandeza de los cielos. Es una naturaleza unida e infinita para tres seres infinitos. Considerados separadamente, como Padre e Hijo, como Hijo y Espíritu Santo, en cuanto que cada uno mantiene su peculiaridad[189], cada uno de ellos es Dios. Los tres, considerados cada uno con el otro, son Dios. Son tres por su igualdad en la sustancia, son Dios por su única soberanía. No alcanzo a concebir la unidad y estoy iluminado por la Trinidad. No alcanzo a distinguir la Trinidad y me veo transportado a la unidad. Cuando contemplo a uno de los tres, pienso que se trata de la totalidad y colmo mi vista, pero se me escapa lo que es más importante. No puedo abarcar la grandeza de uno, ¿por qué debo dar más al resto? Cuando reúno a los tres en mi mente veo un solo esplendor y no puedo calcular ni distinguir a la luz que se hace única.

42. ¿No quieres hablar de sufrimiento por que no sufra Dios, ajeno a todo sufrimiento? Pues yo me niego a hablar de creación[190], para no destruir a Dios con esa violenta e injusta división que separa al Hijo del Padre o al Hijo de la naturaleza del Espíritu Santo[191]. No sólo

189. Término técnico *(idiótes)*, que indica en qué una hipóstasis se distingue de la otra, aunque las tres sean Dios. La polémica está dirigida no sólo contra los arrianos, sino también contra los pneumatómacos quienes, aunque reconocían la naturaleza divina del Hijo, negaban al Espíritu Santo esa prerrogativa.

190. Los arrianos se escandalizaban al oir hablar de generación del Hijo, porque el término implicaba, según ellos, una pasión por parte del Padre. Mas, objeta San Gregorio, aún es más grave hablar de creación del Hijo, cosa que le rebajaría a la categoría de simple criatura.

191. En efecto, según los arrianos, el Hijo era una criatura, aunque distinta de los demás. Lo mismo sostenían los pneumatómacos. En cambio, para ambos, el Espíritu era poco más que una criatura angélica, de dignidad infinitamente inferior a la del Hijo.

es absurdo que quienes son calculadores[192] de la naturaleza divina unan a Dios una criatura, sino también que dividan a esa misma criatura. Y así como el Hijo es separado del Padre por los abyectos y terrenos, así, a su vez, algunos separan del Hijo la naturaleza del Espíritu Santo, de suerte que Dios mismo y la creación entera padecen violencia a manos de esta nueva teología[193]. Nada, oh, hombres, hay en la Trinidad que sea servil, creado o accidental[194]. Eso es lo que aprendí de un sabio[195]. «Y si agradare aún a los hombres no sería siervo de Cristo», dice el apóstol divino[196]. Si adorase a una criatura o en su nombre fuere bautizado, no llegaría a ser divino ni a transformar mi primera generación. ¿Qué podría reprochar entonces a los adoradores de Astarté o de Camos, ídolo de los sidonios?[197] ¿Qué a quienes veneran la imagen de una estrella, ser ciertamente superior a las imágenes fabricadas por quienes adoran ídolos[198], mas con to-

192. O sea, distinguiendo la suprema naturaleza del Padre, único Dios, de las del Hijo y el Espíritu Santo, creaturas ambos, pero de diferente dignidad.

193. La teología nueva es la de los arrianos, naturalmente. El término «nuevo», que los Capadocios aplican con frecuencia a los arrianos, connota que los herejes se han apartado de la enseñanza tradicional de la Iglesia.

194. Siervas de Dios son, lógicamente, todas las criaturas y tales serían el Hijo y el Espíritu Santo si hubieran sido creados. Es ésta una argumentación habitual en San Gregorio.

195. No sabemos a quién se refiere San Gregorio con esta alusión. Según un escolio, que no sabemos en qué se apoya, nuestro escritor se estaría refiriendo a San Gregorio Taumaturgo.

196. Ga 1, 10.

197. Astarté era una divinidad adorada por los fenicios. Camos un ídolo de los moabitas (cf. Nm. 21, 29) al que Salomón edificó un templo (cf. 1 R 11, 7).

198. Alusión a la teología solar, ampliamente difundida en la última edad imperial. El culto al sol, nota San Gregorio, es más noble

do algo creado y hecho? ¿Qué puedo reprocharles si yo o no adoro a dos de los seres en cuyo nombre he sido bautizado, o adoro a quienes son siervos como yo soy?[199]. Ciertamente son siervos, aunque superiores a mí en honor. Pero ello nada obsta, porque también entre los esclavos existe diversidad de categorías.

43. Quiero decir que el Padre es mayor en cuanto de Él procede el ser igual y el existir de los seres iguales a Él. Todos me concederán esto. Temo la palabra «principio», no sea que haga al Padre principio de lo que le es inferior[200]. En tal caso, queriendo honrarlo, le ofendería, pues no hay gloria para aquel de quien deriva la humillación de quienes proceden de él. Miro además con desconfianza tu deseo insaciable no sea que, amparado en la palabra «mayor», dividas en dos la naturaleza y emplees esa palabra para todo. El término «mayor» no hace referencia a la naturaleza, sino a la causalidad. Entre seres de igual naturaleza nada significa «mayor» o «menor». Aunque quisiera honrar al Hijo, en cuanto Hijo, más que al Espíritu Santo, no me lo permitiría el bautismo, que me hace perfecto merced al Espíritu. ¿Temes, acaso, ser tachado de triteísta? Mantén lo bueno, o sea, la unidad entre los tres. Pásame a mí la lucha. Permíteme ser constructor de la nave de que haces uso. Y si ya tienes un constructor para tu nave, permíteme que construya tu casa, aunque tú luego la habites con tranquilidad y sin haber experimentado fatiga alguna. Navegarás bien o bien habitarás la casa si yo te la preparo, aunque no hayas trabajado en ello con empeño. ¿Ves cuánta es mi benevolen-

que el culto al resto de los ídolos, pero sigue siendo el culto a una criatura. Los arrianos se colocan al mismo nivel que los paganos.

199. En cuanto creaturas, el Hijo y el Espíritu Santo serían tan siervos de Dios como los hombres.

200. Sobre este fragmento de teología trinitaria, cf. la Introducción.

cia? ¿Ves cuanta la bondad del Espíritu? Sea mía la batalla y la victoria tuya. Saldré yo a la palestra, mientras tú vives en paz encomendando al que combate por ti, echándome una mano con tu fe. Tres piedras tengo para lanzarlas con honda contra el invasor[201]. Tres veces sopleré en el hijo de la viuda de Sarepta para devolver la vida a los muertos[202]. Tres veces lloveré sobre los leños[203] con que consagré el sacrificio. Con agua encenderé fuego[204], cosa realmente sorprendente. Haciendo uso de la fuerza del misterio, derribaré a los profetas de la vergüenza.

44. ¿A qué prolongar más mi homilía? Es éste momento de enseñar, no de rebatir. En presencia de Dios y de los ángeles elegidos doy testimonio de que serás bautizado en esta fe[205]. Si crees algo distinto de lo que enseña mi predicación[206], ven y corrígete. No en vano escribo lo ya escrito, enseño lo que he aprendido, lo que me fue entregado en mi juventud y he mantenido hasta las canas. Míos son el peligro y el honor. Yo soy el administrador de tu alma, quien te ha hecho perfecto mediante el bautismo. Si realmente eres así y has sido sellado con tan hermosas palabras, custodia lo que está escrito y, en medio de lo mudable, permanece inmutable para aquello que requiere inmutabilidad. Aprende lo bueno de Pilato. Él había escrito injustamente, tú con justi-

201. Cf. 1 S 17, 40.
202. Cf. 1 R 17, 21.
203. Cf. 1 R 18, 34.
204. O sea, el fuego del Espíritu Santo, que se nos entrega en el bautismo, con el agua que es instrumento de ese sacramento.
205. En tono solemne, San Gregorio garantiza la perfecta ortodoxia de la profesión de fe que deberá pronunciar el bautizado.
206. Esto es, si ha sido instruido de manera distinta a como requiere la ortodoxia nicena.

cia. Di a quienes pretenden disuadirte: «Lo escrito, escrito está»[207]. Digno es de reproche que cuando lo decoroso es pasar fácilmente del mal al bien y con dificultad del bien al mal, nos prestemos a abandonar el bien y opongamos resistencia a dejar el mal. Si eres bautizado con arreglo a mi enseñanza, «no cerraré mis labios»[208], prestaré mis manos al Espíritu. Apresurémonos hacia la salvación, levantémonos en busca del bautismo. Palpita en él el Espíritu de perfección. Ya está el don preparado y dispuesto. Si aún renqueas y te niegas a acoger perfectamente a Dios, busca tu bautismo y a quien te quiera bautizar. Yo no tengo tiempo para dividir la divinidad, ni para hacer de ti un muerto en el mismo instante de tu generación. Tal serás si haces naufragar al momento tu salvación, privándote de gracia y de la esperanza de gracia. Pues si suprimes de la Trinidad algo de naturaleza divina, habrás destruido todo y, en lo que a ti se refiere, tu propia perfección.

45. Mas aún no posee tu alma señal alguna de palabra, buena ni mala. ¿Será acaso necesario que, al objeto de que alcances la salvación, grabe yo y modele hoy en ti la doctrina? Entremos al interior de la nube[209]. Dame las tablas de tu corazón[210]. Soy para ti Moisés, aunque parezca osado decirlo. Con el dedo de Dios escribiré un nuevo decálogo[211]. Escribiré para ti un compendio de la doctrina salvadora. Si eres una fiera herética o salvaje, quédate abajo o te expondrás a ser lapidado por la palabra de la verdad[212].

207. Jn 19, 22.
208. Sal 39, 10.
209. Cf. Ex 33, 9 ss.
210. Cf. Ex 31, 18.
211. Cf. *ibíd.*
212. Cf. Ex 19, 13.

Te bautizaré enseñándote en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Uno es el nombre común a los tres: Dios. Aprenderás a repudiar con palabras y gestos toda falta de fe en Dios, para que de ese modo puedas unirte a la naturaleza divina. Cree que todo el mundo, lo visible y lo invisible[213], ha sido creado por Dios de la nada y que es gobernado por la Providencia del Creador y que será transformado en una más favorable condición. Cree que no existe una sustancia del mal, ni un reino del mal, que el mal no tiene principio, ni existe por sí mismo o por Dios, sino que es obra nuestra y del maligno, que entra en nosotros por descuido nuestro, pero no por obra del Creador[214]. Cree que el Hijo de Dios, el Logos anterior al tiempo, que procede del Padre fuera del tiempo y del cuerpo, al final de los tiempos nació por ti como Hijo del hombre. Que proviene de la Virgen María de forma misteriosa y sin mancilla, pues no es posible que haya mancha alguna en donde habita Dios y en el cauce a través del cual actúa la salvación. Es hombre perfecto y perfecto Dios aquel que sufrió por ti para ganarte una perfecta salvación, para disolver toda condena de pecado. Impasible en su naturaleza divina, padeció en la humanidad adquirida. Por ti se hizo hombre tanto cuanto tú por Él llegarás a ser Dios. Por las injusticias es conducido a la muerte, crucificado y sepul-

213. El mundo invisible es aquel que en la *Homilía 38* (núm. 8), ha sido llamado «mundo intelectual», el de los ángeles, que son sustancias intelectuales e invisibles, pero también creadas.

214. Una afirmación dirigida, sobre todo, contra los maniqueos, que creían en la existencia de dos principios originantes contrapuestos, uno para el bien y el otro para el mal. El mal, sin embargo, no tiene subsistencia, según enseñaba el neoplatonismo y como se lee a menudo en las obras de San Gregorio de Nisa (cf. *Gran homilía catequética, núm. 7; El alma y la resurrección).*

tado, tanto cuanto es capaz de gustar la muerte. Resucitó al tercer día, subió a los cielos para llevarte con Él a ti, que permaneces en la tierra. Retornará con una venida gloriosa para juzgar a vivos y muertos. Entonces no será carne ni incorpóreo, sino, según dijo con palabras cuyo sentido Él conoce, tendrá un cuerpo divinizado, para que puedan mirarle quienes le traspasaron y permanezca Dios sin el espesor de la carne. Admite, además de lo anterior, la resurrección, el juicio y la retribución, acorde con las justas balanzas de Dios. Esta recompensa es luz para quienes han purificado su mente, es decir, Dios verá y conocerá la medida de su pureza y les retribuirá con lo que llamamos Reino de los cielos. Habrá oscuridad, en cambio, para aquellos cuyo principio conductor esté ciego, para quienes sean extraños a Dios, y ello estará en proporción con su ceguera en la tierra. El décimo punto es: sobre la base de estas doctrinas, haz el bien, porque «la fe sin obras está muerta»[215], al igual que los hechos sin fe. He ahí lo que del misterio puede darse a conocer, lo que no es misterio para los oídos de muchos[216]. El resto lo aprenderás cuando estés dentro, pues te lo concederá la Trinidad y tú lo ocultarás dentro de ti, velado por el sello.

46. Pero he de anunciarte algo. El estado al que llegarás después del bautismo y antes del gran estrado, es

215. St 2, 20.

216. Estas palabras de San Gregorio han hecho pensar en la existencia de un misterio cristiano, más escondido e importante, en la enseñanza de nuestro escritor. En realidad el Nacianceno quiere decir simplemente que la fórmula de fe expuesta hasta ese momento, indica sólo sumariamente lo capital de la doctrina cristiana, lo necesario para que sea conocida por los extraños. Otras doctrinas igualmente importantes están contenidas en la doctrina de la Iglesia.

una prefiguración de la gloria futura[217]. La salmodia que te recibirá es preludio del himno del cielo. Las lámparas que encenderás simbolizan el misterio de la iluminación celeste con que iremos al encuentro del Esposo, como almas luminosas y vírgenes, con las radiantes lámparas de la fe. Almas que no se queden dormidas por pereza[218], haciendo que les pase inadvertida la inesperada presencia de aquel al que aguardaban. Almas que no estén carentes de alimento o aceite, desprovistas de obras buenas, para que no se vean expulsadas de la cámara nupcial[219]. Veo su sufrimiento digno de lástima. Llegó Aquel cuya venida era a voces reclamada. A su encuentro saldrán unas, prudentes, con lámparas encendidas y con suficiente provisión de aceite para ellas. Otras, en cambio, se agitarán pidiendo aceite en momento inoportuno a aquellas que lo tienen. Llegará rápido el Esposo. Unas entrarán con Él y las otras encontrarán las puertas cerradas porque, mientras se preparaban, habrán desperdiciado el tiempo conveniente. Muchos llorarán, porque comprenderán demasiado tarde el daño que les ha causado su negligencia. No podrán entrar en la cámara nupcial por mucho que supliquen, pues se la cerraron con su necedad. Habrán imitado en cierto modo a quienes despreciaron el ban-

217. Como ha notado Bernardi, *op. cit.*, pp. 215-216, San Gregorio describe aquí la procesión de los recién bautizados. A la salida del baptisterio entrarán en la iglesia, que les había estado prohibida hasta ese momento, y se detendrán ante el tabernáculo, ante el estrado en que están el obispo y el clero, a una y otra parte. En el medio se encuentra el altar para el sacrificio. Durante la entrada de los bautizados en la iglesia, el clero y los demás fieles entonarán las salmodias, prefiguración de los dulcísimos cantos del cielo, mientras la procesión se detendrá llevando en las manos las lámparas encendidas, símbolo de la fe.

218. Cf. Mt 25. 1 ss.

219. Cf. Mt 22, 11-14.

quete que el buen padre preparaba para el buen hijo que iba a casarse[220]. Uno, porque había tomado mujer. Otro, porque había comprado un campo. Otro, porque había adquirido una yunta de bueyes. Poco provecho les hicieron sus compras, que por cosa de poca importancia se vieron privados de lo que mucho valía. Ninguno haya tan orgulloso y descuidado que lleve un vestido sucio, impropio de un convite nupcial. Aunque en la tierra se considere a sí mismo digno del esplendor del cielo y entre, inconsciente, en el banquete, engañándose con vanas esperanzas, ninguno de éstos tiene un lugar en el cielo. ¿Y después? Cuando estemos dentro, sólo el Esposo sabe qué enseñará y qué será de las almas que con Él entraron. Yo pienso que estará con ellas, enseñándoles lo más perfecto y puro. De eso también podremos tener parte nosotros, maestros y discípulos de cosas tales, en Cristo mismo Señor nuestro, a quien la gloria y el poder por los siglos. Amén.

220. Cf. de nuevo Lc 14, 15 ss. Todo este pasaje evoca los textos de San Mateo y San Lucas, entretejiéndolos entre sí.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 5

Fecha de las Homilías 38-40 5
Teología trinitaria 7
El hombre y el pecado original 16
La salvación del hombre 27
Purificación del hombre 31
El pensamiento neoplatónico 39

Gregorio Nacianceno
HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD
(Homilías 38-40)

Homilía 38 45
Homilía 39 69
Homilía 40 95

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES, 288 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD, 2ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES, 218 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO, 162 págs.

5 - **San Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS, 108 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO, 118 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS, 100 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA, 148 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS, 140 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO, 166 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO, 2ª Ed., 108 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
144 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
196 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
138 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
En prensa.